



A  
R  
54

1  
R  
54



R. 10278

23 cm

*Andalucía*



# DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS,

POR LOS SEÑORES

DON VICTORIANO GUIASOLA,

PENITENCIARIO DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA,

y

DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,

VICE-DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL PRIMERO.



SEVILLA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA ANDALUCIA.

1862.

«Nous la reverrons, la superbe alliance de la Religion et de la science: ils reviendront ces beaux jours du monde, où toute science remontait á sa source».

«Nosotros la volveremos á ver la magnífica alianza de la Religion y de la ciencia: se renovarán aquellos dias venturosos del mundo en los que toda ciencia se remontaba hácia su origen».

CONDE DE MAISTRE.



# DISCURSO

DEL SR. DOCTOR

DON VICTORIANO GUIASOLA.

---

ARMONIA

ENTRE

LA RAZON Y LA RELIGION CATÓLICA.



SEÑORES:

Habiendo de dirigir mi débil voz á esta Corporacion científica, que me acoge hoy en su gremio, debo comenzar protestando ante la escogida é ilustrada concurrencia que nos favorece, mi reconocimiento, tanto mas profundo, Señores, cuanto que el honor que se me dispensa, excede sobremanera á mi mérito. Lo confieso con ingenuidad: al recibir el nombramiento de *Académico numerario de la de Buenas Letras de Sevilla*, tan ilustre por los varones eminentes, que la han constituido; no menos ilustre por los que en la actualidad la constituyen, mi espíritu se ha sobrecogido, y una gran turbacion ha venido á ocuparle. «¿Y quién soy yo, me preguntaba á mí mismo, para asistir al banquete de la sabiduría y tomar asiento en la asamblea de los sábios? ¿Qué caudal de conocimientos pudiera yo aportar á esta asociacion ilustre, ó qué destellos de nueva luz, que acrecentasen ese gran foco de hermosa luz destinado á irradiar con esplendor vivífico las inteligencias?» Una idea, sin embargo, venia á reanimarme: el no ser yo peregrino en aquella ciencia, que bastaba al Apóstol de las gentes para confundir á los sábios del Areópago,

del Ateneo y del Pórtico; *la ciencia del Crucificado*, (1) sin la cual eran para él niños balbucientes todos los filósofos, y á cuyo reflejo el aparato fastuoso de la humana sabiduría se dejó ver cual necedad y locura.

Que esto haya sido en los remotos siglos, y nada mas que esto, la ciencia emancipada de la revelacion, no lo desconocéis ¡oh sábios! que habreis contemplado con asombro lo frívolos que son los génios mas elevados de la gentilidad al lado de los Justinos, Clementes y Lactancios, de los Orígenes y Basilio, de los Gregorios de Niza y de Nazianzo. Ni podeis desconocer que si en época reciente espíritus orgullosos han ensayado sacudir el que ellos decian yugo opresor y tiránico, sustituyendo á la revelacion divina sus propias concepciones, se han visto perdidos en el laberinto inextricable de sus aberraciones y delirios; é impotentes para edificar, como poderosos para destruir, han visto desmoronarse ante sus ojos el edificio de la ciencia sin poder reconstruirle, y bambolearse amenazando ruina el de la sociedad hondamente conmovida; evidenciándose de este modo, que no solo en el órden espiritual, sino en el filosófico y político, encierra un sentido tan profundo como verdadero aquella sentencia del mencionado Apóstol: «Vea »cada uno cómo y dónde edifica; porque á nadie le es dado »poner otro fundamento fuera del ya puesto; á saber: Cristo »Jesus». (2).

No aparezca ya, pues, el Cristianismo á los ojos del verdadero filósofo como una supersticion vulgar ó una miserable decepcion, sino como el único y exclusivo fundamento de la verdadera ciencia, de la verdadera civilizacion, de la verdadera prosperidad; conmovido el cual, todo se conmueve; afirmado el cual, todo se consolida; la ciencia, la moral, la política, la literatura, la civilizacion, aun la prosperidad material. Ved

(1) 1 Cor.—2—2.

(2) 1 Cors. 3, V. 11.

aquí, Señores, lo que soy; mis ideas, mi pensamiento, mi programa, la franca manifestacion de mis principios; los que proclamo en esta ocasion solemne, tanto mas ufano, cuanto que tengo seguridad de ser ellos los principios de esta Academia insigne.

Tiene, Señores, toda corporacion científica en la época presente una mision importante que llenar, y la de Buenas Letras de Sevilla no la desconoce: proclamar esa religion divina como el faro luminoso, que ha de guiarnos al puerto de salud en medio de esa agitacion procelosa suscitada por el torbellino de ideas desorganizadoras; invocar esa religion como el último venerable asilo del pensamiento; y por todos los medios, que le sean dados, promover su influencia en las ideas para que influya luego en las costumbres públicas y privadas; desterrar de los espíritus esa funesta nube de preocupaciones y de errores, y recabar la bella, la íntima venturosa alianza de la religion y de las ciencias, en la que se armonicen las preeminencias de la fé con los derechos legítimos de la razon humana.

«Cuatro cosas reclama esta con justicia para el hombre: »el derecho de las ideas y de las verdades primeras; el »derecho de la esperiencia y de los hechos; soluciones fijas »sobre las grandes cuestiones religiosas; finalmente, un prin- »cipio fecundo de ciencias, de civilizacion, de prosperidad: »por la fé, y solamente por la fé católica, obtiene la razon »cuanto tiene derecho de reclamar». En estas palabras de un profundo sábio y orador eminente de nuestra época, (1) se halla, Señores, la síntesis del humilde discurso con que voy á ocupar vuestra atencion benévola.

No bien el hombre se recoge dentro de sí mismo para examinar los gustos é inclinaciones mas íntimas de su alma, reconoce haber sido formado para la verdad y que todos

(1) Mr. de Ravignan.

los razonamientos del escepticismo no pueden ser otra cosa que sutilezas sofisticas y pomposas vaciedades. De aquí es que la historia de la Filosofía viene á ser la historia de los trabajos emprendidos por el hombre para llegar á conocerse, para sondear los abismos de su inteligencia, para sorprenderla en sus operaciones secretas, y llegar hasta la raiz de sus conocimientos, hasta el último análisis de la certidumbre. Dos caminos opuestos se han excogitado para este procedimiento: *idealismo* y *sensualismo*. Constituye el primero la esencia de la razon, sus derechos y primitivo poder en la idea puramente intelectual, por cuyo medio el alma conoce la verdad y la desenvuelve por su propia íntima energía: el segundo, fijándose en las relaciones del alma con los objetos externos, ha proclamado la experiencia como único principio del conocimiento humano.

Uno y otro sistema, Señores, adolecen de un pernicioso exclusivismo. Ellos han dividido violentamente las facultades del hombre para cifrar en una sola toda la fuerza de la razon y de la filosofía; como si al hombre no le fuesen esenciales en un mismo grado la experiencia sensible y la intuición espiritual de la verdad. «*Yo pienso; luego existo*», dijo Descartes para levantar despues metódicamente sobre este principio de indemostrable evidencia el edificio de nuestros conocimientos; mejor hubiera dicho: *pienso y existo*; como dos verdades simultáneas igualmente dictadas por nuestra conciencia íntima; la primera, del mundo lógico ó del pensamiento; la segunda, del experimental ó de los hechos: aquella, resolución última de la evidencia metafísica; ésta de la histórica ó moral. Solo así, combinándose los dos elementos, empírico é idealista, se tendrá la verdadera naturaleza del alma, la primera fuerza de la inteligencia, las condiciones y derechos legítimos de la razon. ¿Acéptanse únicamente los de la idea pura? Hay gran peligro de abismarse en el golfo de las abstracciones. ¿Se prefieren los de la experiencia? Se vé encorvada la dignidad

del espíritu bajo el yugo de los sentidos y de los órganos. Han tocado respectivamente estos extremos la filosofía materialista del último siglo, y la escuela alemana, que en el actual se precipitó en los abusos del mas exagerado idealismo.

La cristiana revelacion, empero, garantida por estupendas maravillas de la Omnipotencia; recogiendo y esplicando el lenguaje de los hechos; aceptando y depurando las noticias de la tradicion y de la historia, sin permitirse traducirlas en abstracciones ideales, y mostrando á la vez sus sacrosantos dogmas en admirable armonia con la observacion psicológica de la humana inteligencia, pone el cimiento á la mas sana filosofía, consagrando en beneficio de la razon la necesidad de unirse estrechamente á ciertas primeras verdades, ya de espiritual intuicion, ya históricas ó experimentales: verdades que llevan en sí mismas clarísima evidencia, y vienen á ser como los derechos constituidos de la razon, y como el áncora, que la libra de agitarse perpétuamente en el Océano de la incertidumbre.

Progrese, pues, la filosofía trabando en estos primeros anillos la cadena de sus verdades; adelántese por el campo de sus investigaciones; engólfese en los misterios de la naturaleza, y afánese por esclarecer los arcanos del mundo, que el soberano artífice «*entregó á la humana controversia*» (1) mas cuando hubiese salvado los límites de su actividad, cuando ella se viese en una region inmensa, llena de precipicios, cubierta de impenetrables tinieblas, donde las verdades naturales solo despiden una luz fosfórica, que seduce la razon, y la expone al extravio, deténgase: espere los rayos de la luz divina, y sean sus pasos tímidos y circunspectos, como los del viajero, que el Poeta nos pinta atravesando negras selvas al ténue reflejo de la luna, que á su vez interrumpen las opacas nubes. (2)

(1) Eccles 13, v. 11.

(2) Encid. Cant. 6, v 270 y siguientes.

Tal es, Señores, el hombre bajo la influencia de la luz consoladora de la fé: luz escasa, y cuando el corazón inflamado por las pasiones envía á la region intelectual tenebrosos vapores, vacilante; única, sin embargo, que puede iluminarnos en las investigaciones oscurísimas sobre la esencia y atributos de la divinidad; sobre la naturaleza, origen y destino de nuestra alma; sobre los vínculos y relaciones que la ligan con el Ser Supremo, y sobre mil otras cuestiones filosófico-religiosas de un interés vital, que han sido el escollo de la filosofía, siempre que en su altivez ha sancionado la absoluta soberanía de la razón humana.

¿Qué ha sido ella, en efecto, sin la revelación? Consúltese la obra de Plutarco «*de placitis philosophorum*»; véase la de Ciceron «*de natura Deorum*», y especialmente su diálogo entre Melipo y Filónides, y se verá con cuanta razón decía San Pablo que los filósofos gentiles «se desvanecieron en sus delirios, y sus almas palpando tinieblas y jactándose de sabiduría, solo mostraban extravagancia y locura». (1) Léanse las obras de los mejores moralistas de la antigüedad; léase sobre todo la del mismo orador romano sobre los *Oficios y deberes*: es bella, magnífica; pero ¿tuvo acaso Ciceron alguna idea de las relaciones del hombre con Dios? de los grandes principios, que pueden ilustrar al alma é inspirarle vigor para la práctica de las virtudes mas elevadas? Nada menos. ¿Y qué ha sido luego de esa filosofía al reflejarse en medio de sus tinieblas la viva antorcha de la revelación? Yo la veo lanzarse con paso trémulo por todas las sendas en busca de las verdades primordiales; pero la sensación y el raciocinio fracasan en la empresa; el escepticismo gana terreno, y ya desfallecida, se echa en los brazos del eclecticismo para morir.

Enarbólase en el siglo XVI el estandarte de la rebelion, y los sectarios de la decantada *reforma* principian á blasonar

(1) Rom. 1.

de defensores acérrimos de la razon oprimida. Mas ¿qué ha sido para ellos la razon emancipada? «Un principio de destruccion y no de edificacion»; precisamente como la titula el primer corifeo del impío filosofismo (1); una verdadera Penélope, que destruia por la noche la tela que elaboraba durante el dia. Les fué cosa muy fácil desoir el lenguaje de la tradicion y de la historia y echar por tierra todo lo establecido; pero imposible levantar sobre sus ruinas un edificio nuevo. Desde luego se dejó ver el Protestantismo como un mónstruo de mil cabezas por la multitud de sus sectas, y la orgullosa razon, arrastrada ya por la fuerza irresistible de la lógica, vino á parar al Socinianismo; del Socinianismo al Deismo; de este al materialismo; de este al ateismo; del ateismo al panteismo; del panteismo la veis caminar con paso veloz al insondable báratro del escepticismo. Ni absurdo, ni delirio, ni extravagancia alguna ha sido imaginable en religion y en filosofia, que invocando la razon no haya salido del cerebro de hombres visionarios poseidos del espíritu de vértigo.

Solamente, Señores, solamente aquella filosofia, que en medio de tales aberraciones permaneció aliada del catolicismo, único verdadero depósito de la revelacion, ha sabido conservar su propia dignidad y sus derechos. ¿Ni cómo, Señores, pudiera esta adhesion menoscabarlos? Son de origen altísimo, es verdad; derechos muy sagrados, derechos ciertamente divinos los que la razon ostenta; pero á menos que se diga haberlos ella obtenido para hacer la guerra al Dios de quien emanan, no puede rehusar el asenso á la doctrina que él revela; ántes bien, entonces hace de aquellos el uso mas legítimo.

Ofrécele misterios... ¿Y qué importa? misterio debe ser para ella todo cuanto se aparta de la limitada esfera de su accion; cuanto vá lejos del ojo inteligente; mas allá de los términos naturales de la esperiencia y de la idea, donde la

(1) Pedro Bayle.

verdad posee las inmensas regiones de lo invisible, de lo infinito, de lo impenetrable. La misma razon vislumbra tanto mas aquel inmenso campo, cuanto mas intensamente aplica sus potencias á las investigaciones profundas; porque «las ciencias, como ha dicho Pascal, tienen dos extremos que se tocan: primero, el de la pura ignorancia, en que se hallan los hombres cuando nacen: segundo, al que se ven reducidas las grandes almas, que habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, hallan que nada saben.» ¿Negaríamos, pues, lo que es evidente, porque no pueda comprenderse lo que está oculto bajo un velo misterioso? ¿Irian por tierra dos verdades suficientemente probadas, porque aparezca imposible conciliarlas? ¿Invocaríamos la máxima de que *«un hombre de juicio no debe creer aquello, que no comprende?»*

Esto dijo en medio de la Francia el patriarca del deísmo, siquiera hubiese dicho tambien en otro lugar de sus obras: *«yo no puedo usar mejor de mi razon, que anonadándola delante de Dios»*. (1) Repetida, empero, aquella máxima por espíritus fascinados por su seductora elocuencia, que se multiplicaron como las arenas del mar, ha resonado en todos los ángulos de la Europa, y aun retumba en el orbe literario el ruido de sus ecos.

No ha habido máxima mas seductora, ni halagada con mayor ahinco por el orgullo de la humana razon; pero tampoco la ha habido mas fecunda en absurdos, y que mas vulnerase los derechos de esa misma razon, en cuyo obsequio se invocaba. Cuantos ingenios eminentes han ilustrado las ciencias en estos últimos tiempos; los que han pasado la vida observando el mundo físico para conquistar sus secretos, ó ideando hipotéticas teorías para explicar sus fenómenos, han reconocido en él arcanos inaccesibles á la mas perspicaz inteligencia; pero estarian muy lejos de presumir de hombres

(1) J. J. Rousseau.

de juicio, si por incomprensibles los negasen. A vista, no ya del firmamento, de ese sublime geroglífico en movimiento perpétuo para transmitirnos el conocimiento de su autor; á vista de un insecto, de una flor, hasta de un *grano de arena*, han tenido que pararse cogitabundos, y confesar allí un misterio impenetrable; porque ni Newton, ni Descartes, ni Gasendo pudieran fundadamente lisongearse de haber llegado á conocer la esencia íntima de la materia que le compone, ni de haber prestado solución razonable á la cuestión de su divisibilidad, ni de haber explicado de un modo satisfactorio el principio de gravitación que le determina hácia su centro; pero esto lejos de hacerlos incrédulos, los hacia adorar la infinita sabiduría del Ser de los Seres, y reconocer que el naturalista, cuanto mas profundo es, se hace forzosamente mas religioso. ¿Ha habido por ventura un filósofo, que haya podido explicar, de qué manera se organizó y animó el mecanismo de su cuerpo? ni fijar las relaciones de este con el espíritu?, ni comprender ese principio, que percibe las afecciones de los sentidos y del cerebro é imprime á los miembros corporales determinada acción? Pues si no lo comprende, tenga ya su existencia por problemática, ó renuncie al dictado de *hombre de juicio!*... Así los delirios del mas refinado escepticismo fueran la consecuencia lógica de la máxima del filósofo Ginebrino, ante quien, á pesar de todo su furor en declamar contra el ateísmo, la misma divinidad se aniquilaría, toda vez que él no pudiera contraer al limitado círculo de su capacidad los atributos de un ser infinito.

No: la razón clama incesantemente que la palabra *misterio* no es sinónima de quimera ó delirio; que todas nuestras especulaciones se hallan tan mezcladas con las sombras de la ignorancia, que bien pudiéramos decir que el misterio es para nosotros la regla general y la evidencia una excepción: que si al explorar nosotros el campo de las ciencias naturales, tan accesible á nuestra actividad intelectual, tan ameno y

embelesador para la imaginacion y los sentidos, hallamos de trecho en trecho simas profundísimas, que no nos es dado sondear, no tenemos motivo para rehusar tales profundidades en las regiones de lo espiritual é invisible: que sería finalmente el mayor de los absurdos aspirar á la comprension del infinito, ensayando salvar los límites de la razon y sobreponernos con la razon á la razon misma. «Tener, como dice Bosuet, »fuertemente asidos ámbos extremos de la cadena, aunque »no se vea el medio, por el que se continúa el encadenamiento»: ved aquí en todo caso el partido razonable á vista de dos verdades, que no podemos conciliar, pero que son evidentes en su línea. No pueden serlo para nosotros con evidencia metafísica los dogmas del Cristianismo; pero tienen la evidencia que les pertenece; la evidencia moral, que resulta de las pruebas luminosas de credibilidad, que certifican el hecho de la revelacion. La humana inteligencia estaba en su derecho para pedir esta demostracion ántes de someterse: la oyó; la concibió; la reconoció; réstale solamente tributar á los divinos arcanos el homenaje de su fé eminentemente razonable.

Lejos, pues, de que la fé católica menoscabe los derechos legítimos de la filosofía; ántes bien los afirma y consolida: lejos de que sus dogmas sean una rémora para la actividad del ingenio; antes bien le prestan nuevas alas para que se remonte á region mas sublime. Como el incrédulo, posee la luz de la razon el filósofo creyente, y de ella usa para recorrer la esfera de los conocimientos humanos: con ella progresa; va tal vez mas que el primero hasta tocar sus límites: avanzan mas allá; la razon del uno destituida de auxilio superior, vacila, duda, se abisma en las tinieblas y desfallece: la otra, iluminada por un destello de resplandores divinos, procede con seguro paso y comienza á poseer pacíficamente en el vasto delicioso imperio de la verdad eterna; mirándose ya exenta de las agitaciones del orgullo sofisticado,

como se fija y permanece inmóvil la aguja imantada cuando ha encontrado su norte.

Pero de esta misma fijeza, de esta inmovilidad, en que se constituye la doctrina católica sin ceder un punto en medio de las vicisitudes de todo lo humano, se resienten espíritus bulliciosos, que apetecieran ver en el dogma y en la moral del catolicismo un progreso como los de la industria y la mecánica. «El espíritu cristiano, dicen, es un espíritu de tolerancia y de paz: la buena armonía requiere que cada cual haga ciertas concesiones; ni hubiera cosa más opuesta al triunfo tan deseado del Cristianismo, que la exigencia rigurosa de sus derechos y la inmovilidad en que se quisiera mantenerle en medio del movimiento general. El Cristianismo necesita regenerarse para estar en proporción con los progresos de la razón y las nuevas necesidades del linaje humano». Así hablan con audaz hipocresía quienes no han meditado el origen y fundamentos de esa religión augusta, ni quizás han hecho de ella más estudio que el del catecismo de la infancia; pero al hombre instruido y pensador le bastan para desengaño los ensayos novadores de los hereges de todos los siglos; le basta el funesto ejemplar del Protestantismo, en cuyo seno hormiguearon mil extrañas sectas, y le devoraron como los gusanos á un cadáver... ¿Y por qué no habría de ser lícito á los Valentinianos lo mismo que á Valentino, y á los Marcionitas lo mismo que á Marcion innovar la fé á su capricho?» (1) Lutero, Calvino, Zuinglio ¿con qué derecho pudieran señalar límites al espíritu reformista, sin que fundadamente se les acriminase de haber echado por tierra la tiranía de la Iglesia para establecer sobre sus ruinas otra tiranía más opresora? «¿Y quién, diríamos aquí, podría contenerse al ver que un ladrón disgusta á Verres, un homicida á Milon, un incestuoso á Clodio y un Cethego á Catilnia?» (2).

(1) Tertul. libr. de præscript. n. 42.

(2) Juvenal Sat. 2. v 16.

La revelacion, Señores, tenia por objeto poner coto á la volubilidad de la razon humana sobre las grandes cuestiones religiosas: ha propuesto la verdad al hombre, y la verdad, que ha emanado del mismo Dios, ha de ser una é inimitable como su autor y su tipo. Si con los sistemas progresivos de la humanidad, de la idea, del socialismo, el dogma revelado hubiese de cambiar de fases ¿qué habrian adelantado con la revelacion ni Dios ni el hombre? Dios, cuyo conocimiento, culto, leyes, previsiones eternas se verian sometidas á las variaciones de las edades, á la vicisitud de las opiniones, á la pugna caprichosa de los partidos y revoluciones humanas? el hombre, cuya necesidad religiosa fuera entonces el juguete legítimo de todas las influencias y de todos los delirios pasajeros?

No repara en ello la orgullosa filosofía é invocando *progreso*, si avanza en su marcha resbaladiza, ni la intimida el abismo, en que se hunde, cuando toca ya el término de sus aberraciones. Ofrece sacrílego incienso á una vana sombra de divinidad, que por un ciego fatalismo se transforma sin término ella misma: divinidad monstruosa, de la que son un pedazo cada uno de los séres del universo; que es á la vez jardinero y planta, médico y enfermo, asesino y víctima; que en una parte es decapitada, cuando en otra recoge laureles victoriosos; que en un sitio se abisma en el inmundo cieno cuando se eleva en otro á la virtud sublime; que yace aquí sumida en calabozo lóbrego, cuando allá se remonta en las alas del viento; ¡Dios infeliz! que á sí mismo se aflige, contra sí mismo blasfema, y de sí propio se venga! extraño mónstruo, incomparablemente mas horrible que las arpías y centáuros de la fábula!

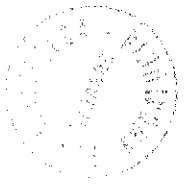
Y á tan quimérico Dios ¿qué otra religion pudiera serle análoga que esa religion indefinida, gran trofeo del impío filosofismo, que hoy se imagina, como la antigua Roma, tanto mas religioso cuanto que no desecha falsedad alguna? esa religion ecléctica, universal, obtenida por la fusion monstruosa

de todas las religiones exclusivas, en la que se enlazasen con vínculos de fraternidad, bajo los auspicios de una falsa tolerancia, el *sí* y el *no*; cisma y unidad, deísmo y fé, panteísmo y cristianismo; y si os parece, evocad de la tumba el espectro horrible del politeísmo, y salude á los otros dogmas con ósculo de santa paz y de alianza inviolable! Pero no; que aun el politeísmo se ruborizaría de tener parte en un sistema de religion tan sumamente impío, extravagante y absurdo; porque en el delirio pagano, cuando menos, las locuras y crímenes se hallaban repartidos en multitud de Dioses; pero aquí, en ese decantado perfeccionamiento, se vieran reunidos en un mismo y solo grado de aprobacion y de igualdad las contradicciones, los errores, las variaciones, las ignominias todas; cuanto los hombres hubiesen tenido á bien apellidar religion y culto. Así es que las antiguas heregias, parto legítimo del orgullo humano, eran lineamentos esparcidos, que han venido á fundirse en un tipo mas completo, en una heregía, que las abraza todas; la deificacion sistemática de todo lo que existe, ó bien la apoteosis de la razon, que se ha imaginado poderosa para crear al mismo Dios, y se proclama *único verbo encarnado*, que sirve de intérprete á Dios y de preceptor al hombre. ¡Hasta ese punto, á pretexto de vindicar exagerados derechos de la razon, ha querido llevarse en nuestra época el espíritu de paz y de tolerancia cristiana; ni es otro el significado de esa feliz regeneracion, que se invoca, y de ese acomodamiento del Cristianismo con los progresos de la civilizacion y de las luces!

No os deslumbren, Señores, tan bellas palabras; ni dejándoos pagar de ese exterior homenaje que al Cristianismo se tributa, depongais todo temor por la futura suerte de la religion de nuestros padres. La filosofía antireligiosa, impaciente en otra época, soplabá con violencia el fuego destructor de la revolucion, y el revolucionario era el filósofo

práctico, á quien se confiaba la ejecucion de sacrílegos proyectos, que han fracasado. Alicionada por la experiencia, adopta nueva táctica; «es sufrida, dice un intérprete suyo; está llena de confianza en el porvenir: satisfecha de ver á la multitud, al pueblo, á todo el género humano en brazos del Cristianismo, se contenta con alargarle pacíficamente la mano y ayudarle á subir todavía mas arriba. (1) Pero á dónde,? Señores, ¿cuál es la aspiracion de esa filosofía bastarda, ese magnífico ideal, que la embelesa, que *sufrida y llena de confianza* espera ver realizado en el porvenir? Se deja ya entrever; la abolicion de todo dogma religioso, y la emancipacion de la moral haciéndola descender al terreno de la inspeccion filosófica. Pero sin el dogma ¿qué seria de la moral? ó qué otra cosa es en su mayor parte la moral, sino la aplicacion práctica del mismo dogma? la solucion de altísimas cuestiones prácticas, que nunca la razon hubiera abordado por sí sola? Ved si no el resultado que han tenido todos los esfuerzos de los mas hábiles filósofos de Grecia y Roma, de la China y de la India: sus celebrados sistemas sobre la moral han venido á estrellarse en las preocupaciones, en los hábitos adquiridos, en las cualidades é inclinaciones del temperamento; en una palabra: en la prodigiosa variedad de afecciones del corazon humano, que influyen tan poderosamente en los juicios de la inteligencia sobre la conducta de la vida. Una cosa es que el hombre, educado en el Cristianismo é ilustrado por la doctrina revelada, pudiera <sup>adquirir</sup> ~~probar~~ un código de moral pura, enteramente conforme con la sana razon, que la razon sienta y la razon apruebe, y otra muy distinta que ese hombre fuese capaz de elevarse por sí mismo á concepcion tan sublime. Así un hombre de cierto grado de inteligencia podrá comprender muy bien el sistema de Newton; pero á no habersele ántes enseñado, ¿hubiera podido él inven-

(1) Mr. Cousin.—Introduccion á la hist. de la Filosóf.



tarle? Todo literato de fino y delicado gusto se extasía al contemplar las acendradas bellezas de los Homeros, Virgilio y Tasso; pero creyérase él inspirado para formar un poema, que como á ellos le hiciese digno de ceñir sus sienes con el laurel de Píero? Aconteciérale lo que dice nuestro Iriarte traduciendo á Horacio:

Tal vez se figurase  
Que él otro tanto haría,  
Y poniéndose á ello, viese que era  
Inútil el sudor y la porfía. (1).

Así, pues, esa altanera filosofía, que desdeñando la doctrina revelada ha querido erigirse en única preceptora de la humanidad, debiera considerar que pretende sublimarse en ajenas alas, y que devolviendo al Cristianismo lo que le ha usurpado, se quedaría en irrisoria desnudez. Pero ¿qué importa? Reténgalo en buen hora; no subsistirá íntegro en sus manos profanas el celestial tesoro. La experiencia nos dice que á medida que la fé se disminuye, se amortigua también y por último se extingue el sentido moral; que la virtud desfallece, siempre que el dogmatismo la deja abandonada en los brazos de la fatalidad, ó le señala por su único apoyo leyes vagas y problemáticas sin poder ni sancion. Reparad ya si no cuales sean las máximas de esa moral filosófica y á qué está reducida su virtud: á una sábia economía del vicio mismo; que ella fué poderosa para deificarle: á una virtud como la de Epicuro; que hasta en los jardines de Epicuro se recomendaba la moderación en los placeres. ¡Cosa extraña, podemos decir de esa filosofía, como del Protestantismo, de quien deriva su genealogía y á quien ha debido sus inspiraciones: «no vive sin la libertad omnímota de pensar, y si no se le quita esa libertad, se disuelve y perece; la libertad le dá vida; la libertad la mata!»

(1) Hor. ad Pis.—Trad. de Iriarte v. 537 y sig.

Tan cierto es, Señores, que por la fé católica, y solo por ella, se salvan y consagran en obsequio de la razon y de la filosofía el derecho de las *ideas ó verdades primeras y el de la experiencia y de los hechos*; que por ella, y solo por ella obtienen la razon y la filosofía *soluciones fijas sobre las grandes cuestiones religiosas*. ¿Reclaman aun con derecho la razon y la filosofía *un principio fecundo de ilustracion*? Le obtienen con visible ventaja bajo la influencia del Cristianismo.

No: no mueren las ciencias al abrigo de la fé; antes se desarrollan, se vigorizan y florecen. ¿Qué nos dice la historia? Que hace diez y ocho siglos son conocidas y cultivadas bajo este influjo benéfico, y que los pueblos, que de él han carecido, yacen abismados en la ignorancia y la barbárie. ¿Son comparables acaso los grados de conocimiento, que poseen los Chinos y los Indios, con los que han adquirido los pueblos europeos? En los siglos diez y doce tuvieron á la verdad los árabes alguna tintura de las ciencias; pero tambien es cierto que la habian recibido de paises iluminados por el Cristianismo, y que donde quiera que han conseguido reinar, allí se ha establecido por fin el imperio sombrío de la ignorancia bajo la inspiracion del tenebroso génio del mahometismo y de la sagaz política del seudoprofeta dirigida á ocultar los absurdos del Corán.

Pero el Cristianismo, ya aspirase á plantar la bandera sacrosanta en medio de los hielos del Norte, ya en los vastos arenales del abrasado Sud, á todas partes ha llevado las ciencias con la civilizacion y las costumbres; y donde él ha desaparecido, se ha visto un retroceso á la barbárie. Los moradores de las costas de África como los del Egipto fueron ilustrados mientras que recibian la luz del Evangelio: retiróles esa antorcha divina sus fulgores, y quedaron sumidos en profunda noche. ¡Y la Grecia...! esa en otro tiempo fecunda madre de los sábios, de los artistas y filósofos ¿por qué fatal estrella gime inconsolable en la esterilidad?

¿Háse mudado acaso su naturaleza y benéfico clima? No: es que yace oprimida bajo el cetro ominoso de un gobierno tan enemigo de las luces como del Cristianismo.

Si no temiese abusar de la benevolencia que me dispensais, con datos positivos de la historia científica y literaria os hiciera ver, que mas que en profanas aras, donde se alimenta una lívida llama, se enciende en las de la religion la antorcha luminosa del ingéñio: que ha sido destinada esa hija del cielo en los siglos del oscurantismo á luchar con la ignorancia, y en los de ilustracion á dirigir los progresos de la ciencia. Lejos, pues, de impedirlo, se complace altamente en que se cultiven todos los ramos del saber y sean aplicados en beneficio del hombre; porque ella consagra y santifica todo cuanto hermosea la sociedad, sin corromperla; cuanto contribuye á la prosperidad pública sin riesgo de la fé y de la moral. La ignorancia y la preocupacion es lo que teme; porque ella misma, como el astro del dia, si ha logrado disipar las opacas nubes ¿no aparece radiante y esplendorosa, cuando una sana ciencia desvanece las tinieblas, que pudieran eclipsar su brillo?

Á haberla favorecido los primeros pasos de la ciencia y sídola perjudiciales sus progresos, en este solo caso pudiera recelarse de la ilustracion; pero hoy cabalmente, cuando los cálculos matemáticos, cuando los ensayos y constantes observaciones de la experiencia promueven aquella maravillosamente, hoy mas que nunca, Señores, se va reconociendo que «*Dios envió al mundo, como ha dicho Bacon de Verulamio, su divina verdad acompañada de las ciencias, para que estas le fuesen sirvientes y auxiliares* (1).

Permitidme sobre esto una ligera reseña.

¿Qué hace, Señores, en nuestra época la etnografía? Yo la veo *sirviendo y auxiliando* á la verdad divina, cuando

(1) De Elem. scientiar.

trabaja con feliz éxito en reducir á uno de los tipos conocidos, indo-europeo, semítico y malayo, las lenguas que parecian independientes, y sobre todo las del interior del África y el sinnúmero de dialectos del hemisferio occidental; y cuando por medio de la comparacion léxica y gramatical evidencia el comun origen de aquellas grandes familias y la centella divina que en ellas luce, reflejándose en las ramificaciones mas lejanas y hasta en los dialectos menos cultivados.

¿Qué hace la historia natural? *Sirve á su vez y auxilia á* la verdad divina, afirmando, como resultado de sus investigaciones, que todas las variedades de la especie humana diseminadas por la superficie del globo suben tambien, clasificándose por grupos, á una familia comun, y que tanto su color como su forma están sujetos á la influencia de exteriores agentes y á la accion de la sensibilidad é inteligencia, que obran como principios modificantes en el cráneo por un medio, que se oculta á las miradas escrutadoras de la ciencia; pero cuyo efecto se palpa diariamente en los Estados-Unidos y en las Antillas. *Sirve y auxilia á* la verdad divina la Fisiología, demostrando que las curaciones milagrosas referidas en la divina Escritura, no pueden suponerse efectos naturales, y rebatiendo victoriosamente las objeciones de algunos médicos alemanes contra los mas importantes del nuevo Testamento; la muerte y resurreccion de Jesucristo.

*Sirviente es y auxiliar* de la verdad divina la Geología cuando desvanece las infundadas pretensiones de algunos geólogos, que observando las lavas volcánicas y las diferentes capas de la corteza del globo, han querido atribuir al mundo mas antigüedad que le dá el Génesis. Y lo es tambien, cuanto para explicar los fósiles monstruosos hallados en las entrañas de la tierra y que pudieran apenas ser efecto del mas violento diluvio, reproduce la tradicion de las Cosmogonias antiguas, autorizadas por algunos padres de la Iglesia, las que suponian un período indefinido de sucesivas revoluciones

desde el instante de la producción de la materia hasta su organización definitiva; período en que la tierra ha debido ser destruida y renovada, y sujeta á violentas convulsiones procedentes de un fuego central, que en ella se conjetura por las observaciones de la ciencia. Moisés ha podido representar estas informes y monstruosas evoluciones de la materia bajo la imágen de un tenebroso cáos. (1) *Sirve* asimismo á la verdad divina la Geología, cuando observa que la disposición de los restos orgánicos, descubiertos en las diferentes capas de nuestro globo, corresponde con exactitud al orden, con que fueron producidos los séres en el espacio de los seis dias ó períodos, que refiere el historiador sagrado.

*La sirve y la auxilia* finalmente, cuando demuestra el importante suceso de diluvio, observando los vestigios de una monstruosa corriente en los valles de denudación y en las rocas erráticas, y la multitud de variados fósiles, muchos de ellos exóticos, descubiertos en las cavernas de huesos y terrenos diluvianos.

*Sirvientes son y auxiliares* de la verdad divina la Cronología y la Historia, la Astronomía y Arqueología, uniéndose de consuno para deshacer algunos anacronismos, de que ligeramente fuera acusada la Biblia; descubriendo ficciones mitológicas en la série de dinastías y antiquismos anales de los Indios, Chinos y Egipcios, de que se hiciera uso con formidable aparato contra la relación del cronólogo sagrado; y falsificando en crédito del mismo la antigüedad atribuida por algunos sábios á los zodiacos de Denderah y Esneh descubiertos en la expedición al Egipto de Napoleon I. *Sirven* á la divina verdad la crítica y la Filología, dirigiendo su mirada exploradora á las naciones orientales para descubrir, á favor de su carácter de fijeza inalterable, noticias conducentes á ilustrar mil pasajes, metáforas y alusiones del sagrado texto ridicu-

(1) Genes. 1. v. 2.

lizadas por la impiedad. *Sirvientes* y *auxiliares* son, en fin, de la verdad divina las ciencias todas, que cual si hubiesen oído el lastimero acento del soberano alcázar y como ruborizadas de haber dirigido un día bruscos y apasionados ataques contra la benéfica reina del ingenio, le rinden vasallage, le ofrecen sus recursos, se aprestan á consolidar su trono, y parten con ella los despojos legítimos de la preocupación, de la ignorancia, de la superficial y liviana ciencia.

Pasado ya una revista á las dilatadas regiones de la sabiduría: el mas sábio de los hombres no osaría repetir lo que el ambicioso conquistador, que á vista de los trofeos del mundo, suspiró porque no le restaban nuevos mundos que subyugar. Segun que el hombre científico multiplica adquisiciones en en el vasto y variado campo de la naturaleza, descubre que los mundos de la sabiduría son infinitos, y someten á su investigacion infinidad de seres, que le obligan á pensar con modestia de sus luces. Se ha dicho con entusiasmo que en el actual estado de la ciencia el mundo es un juguete en la mano del hombre; y es una verdad, Señores, porque el hombre científico, siendo reflexivo, no puede menos de confesar que es un niño; porque Newton exclamaba en sus dias últimos: «ignoro lo que pensará el mundo de mis trabajos; pero á mí me parece que he sido siempre un niño »jugueteando en la orilla del mar, encontrando á veces una »china algo mas tersa que las comunes, á veces una concha »un poco mas brillante, mientras que el grande océano de »la verdad se extendia inexplorado delante de mí.» Pero esa noble modestia, último resultado de una ciencia sólida, ¡con qué eficacia conduce el espíritu á formar de la religion ideas grandes y elevadas! El hombre ocupado en los pequeños negocios de la vida, por mas que presuma altamente de sus luces, adquiere un modo de pensar muy limitado y mezquino; mas cuando, ilustrado por las ciencias y sirviéndose de los

procedimientos de la óptica, dirige sus miradas á aquellas enormes masas de los cuerpos luminosos, que giran en el espacio con una rapidez inconcebible, con órden y admirable concierto; y abatiendo despues el vuelo de su inteligencia, contempla en la ínfima gerarquía de los séres el gran poder de la naturaleza, no ya como Plinio en el fino mecanismo de un insecto, en los órganos y matices de una flor, sino en esa infinidad de animalitos microscópicos, de los que millares hacinados no darian el volúmen de un grano de mijo; y que sin embargo existen, tienen su forma, su movimiento, su organizacion y funciones vitales. ¡Qué expansion, Señores, experimenta ese observador mezclada de profundo respeto, y como se vé impelido á adorar extático y asombrado al Ser de los séres, artífice y regulador supremo, que ha hecho reflejar de un modo tan sublime, tan magnífico su infinito poder y sabiduría! ¡Qué rendimiento cordial y sincero se vé impelido á tributar á los profundos arcanos, que en ese mundo invisible, á donde no alcanza la intuicion y la experiencia, le descubre la revelacion, digno órgano de la verdad suprema!

Y aquesta luz celeste se refleja á su vez en el dorado escudo de la ciencia para reproducirse en mil antorchas de resplandor divino, que le esclarecen la limitada esfera de sus ideas; que le descubren nuevo y seguro campo de investigaciones científicas y de verdades útiles, y le muestran el inminente extravío de la inteligencia, si engolfándose en los goces animales y en la riqueza material fomentada por las ciencias de aplicacion, desdeña sazonar los estudios naturales con el de la religion y de la filosofía del espíritu humano.

Así se enlazan y se prestan recíproco apoyo la religion y las ciencias, y conspiran de consuno á acrisolar el sentimiento moral, que nace de la indagacion de la verdad como de la práctica de la virtud; aquella satisfaccion pura, ingénua

elevada, que franquea el corazón á los sentimientos nobles y generosos, y da soltura y vivacidad al ingenio.

No temais, no: que bajo la influencia de la religion cristiana se amortigüe el noble entusiasmo; antes bien le consagra y purifica; ni que sea tan austera, que fatigado el espíritu en ocupaciones penosas y estudios desabridos le niegue solazarse en los floridos valles, que habitan las musas. Ella misma nos ofrece en sus sagradas páginas producciones bellísimas, en las que se descubren ideas mas sublimes, imágenes mas vivas y animadas, rasgos mas ardientes y magníficos, sentimientos mas tiernos, mas delicados y patéticos que en los grandes poemas de Grecia y Roma. Aun cuando no mirásemos la Biblia bajo otro aspecto que el de una coleccion de producciones literarias, ella sería al decir de Lamartine, «el mas rico tesoro de poesía; y el poema de Job, el primer poema del mundo.»

Abrid los Trens de Jeremias; ¡qué elegiaco, Señores, lamentaba la ruina de la reina de las ciudades! Los Salmos de David.... ¡qué lírico sublime ocupaba en su día el trono de Judá!... En estas vivas y cristalinas fuentes habría de beber la juventud estudiosa, en vez de acudir á las furtivas aguas, á los pozos y cisternas inmundas, que pudieran contagiarla. No que sea desdeñada la antigua literatura pagana; que en ella tuvieron los apologistas de la religion un arsenal inagotable contra el politeísmo, y esa religion la salvó de la barbarie, esa religion la trasmitió á la posteridad. No que se vitupere la erudicion profana; pues que ella misma elevando nuestro ingenio, le hace formar de la divinidad y del mundo espiritual grandiosas concepciones. En el género épico y sobre todo en el alto lírico se hallan pensamientos tan enérgicos, tan bellas imágenes, tan vivos y delicados sentimientos, que llenando nuestra alma de un noble ardoroso fuego, la impulsan al ejercicio de acciones generosas la estimulan á la práctica de la virtud heroica y hasta la

predisponen alguna vez para elevarse á la devocion mas sublime.

No desdeñamos, repito, la antigua literatura con los correctivos y precauciones precisas; mas ¿quién ha dicho por eso que el frio autor de la historia inglesa «de la decadencia del imperio romano» (1) haya tenido razon para echar de menos el paganismo, cuando describe con suma complacencia la devocion del politeista y desprecio interior, con que miraba el filósofo al culto idólatra? El Cristianismo lleva cabalmente un sello peculiar de su origen divino en ser acomodado á todos los caractéres y á todos los ingénios, estrechándose en él con lazos íntimos la verdad, la virtud y la belleza. Al sábio en su gabinete le ofrece altas especulaciones filosóficas, y es no menos poderoso á inflamar la imaginacion de la multitud mostrándole venerables arcanos, grandes y elevadas ideas, rasgos del mas sublime heroismo y un culto exterior espléndido y severo; todo lo cual no puede menos de resurtir á su vez en la fantasía del poeta para darle animacion y arrebatado vuelo. ¿Por ventura los Milton y Tassos han tenido mucho que envidiar á los Virgilio y Homeros? Y si aun se quisiese conservar hacia la antigüedad una ciega veneracion y supersticiosa deferencia ¿quién pudiera hacer cargo al Cristianismo, porque hubiese transcurrido la época de la imaginacion vivaz y creadora? Los que han observado con ojos filosóficos el desarrollo del espíritu humano, saben muy bien que naturalmente ha debido atenuarse el vigor de la imaginacion á medida que el talento y el raciocinio han progresado; ni habia de convenir al mundo en su edad varonil ó decrepita las fruslerías de la niñez, ó el gigantesco brio de una juventud lozana.

No, Señores, la poesía no ha de circunscribirse á tan mezquina esfera. Si ha de ofrecer al alma dulce embeleso,

(1) Gibon.

menos aun si ha de herirla, si inflamarla, no necesita de las caprichosas deidades mitológicas, ni de sus misterios nefandos, ni de las danzas de faunos y silvanos, ni poblar los mares de tritones, los montes y rios de bellas ninfas, ni de sombras errantes los bordes del Cocito. El poeta ha de presentar el mundo animado, y las deidades del paganismismo tenian que multiplicarse porque eran muy limitadas en accion y poderío; mas el Cristianismo, reconociendo un ser que lo llena todo con su inmensidad, con su influencia vivificadora y con las bellas efusiones de su amor, y haciéndonos vislumbrar un mundo sobrenatural y misterioso por entre los celajes de la fé, anima el universo de un modo mas grandioso, y ofrece un nuevo tipo de sublimidad y belleza, que excede sobremanera á las mas sublimes concepciones naturales. La imaginacion, incapaz de elevarse á aquella altura, tendrá que apelar, es verdad, á la creacion fantástica; pero antes hará un esfuerzo; se elevará sobre sí misma, se enagenará, se inflamará en divino fuego, y sus conceptos no podrán menos de ser grandiosos, valientes sus imágenes, brillantes y atrevidas sus metáforas, y todo su lenguaje sublime, encantador, animado de una inspiracion santa.

¡Oh Señores! y ¿de dónde podría mejor la reina de la poesía evocar noble entusiasmo, si ha de pulsar los delicados resortes del corazon humano, para inflamarle ó enternecerle, para abatirle ó elevarle, para excitar en él la prodigiosa variedad de afecciones, á que se presta su sensibilidad? ¿Y qué cosa hay mas sublime, mas bella y encantadora, que un alma herida por las flechas del divino amor? ¿penetrada de un contento divino á las tristes reflexiones ó crueles agitaciones del dolor, y anegada en aquella apacible melancolía, que sobrepuja en dulzura á todos los placeres anacreónticos! Ni os sonrojaríais de que la nueva Calíope se os dejase ver con ropage teñido en humana sangre! No es la sangre que bermejeaba en los infames triunfos de los opresores de la



humanidad, á quienes celebraba la trompa épica, á quienes se consagraban himnos sublimes y la plácida mansion de los Eliseos; ni porque apareciese empañada su faz deslumbradora; ella os diria: «*morena soy, pero hermosa como los pabellones de Cedar; los rayos del sol me han quitado la color*» (1); porque he cifrado mi gloria en trabajar, y sudar, y fatigarme y sacrificarme toda en obsequio de la humanidad envilecida!

Vosotros, pues, los que bajo este hermoso cielo, en esta region clásica del génio aspirais á ceñiros el laurel de Apolo, no demandeis, no, vuestra inspiracion á quiméricas deidades, ni la esperéis de esa bastarda filosofía que solo es á propósito para extinguirla; porque es una verdad, y lo será siempre, el dicho de La Harpe vuelto felizmente de sus extravios: «la mala filosofía todo lo malca, aun el talento poético» (2); pedid mas bien esa inspiracion al Cristianismo, y entonces vuestras obras tendrán acogida y llevarán el sello de la inmortalidad.

Cuando en medio de la Francia atea aparecieron las producciones de aquel génio inspirado, que «cantó con lengua de fuego, al decir de nuestro Balmes, las bellezas de la religion, y mostró á los hombres asombrados la cadena de oro, que enlaza al cielo con la tierra,» «Chateaubriand se hunde» exclamó Mad. Stael; «y todo se ha hundido menos Chateaubriand!»

¿Se quiere, pues, Señores, abrir una senda vasta y luminosa á la actividad de los ingénios? Armonícese la literatura con la sana filosofía, con la filosofía cristiana, que todo lo mejora y dignifica, y sea ella el reflejo, la genuina expresion del estado social bajo la accion benéfica de ese *secundo principio de civilizacion y prosperidad*. Réstame, Señores, haceros ver que lo es efectivamente el Cristianismo, y que bajo este

(1) Cantic. 1 v. 4 y 5.

(2) Cours de Litterat. 18 siècle *Poésie*.

punto de vista satisface tambien á las reclamaciones de la humana razon. Seré breve.

No está el secreto de gobernar un pueblo y hacerle dichoso en facilitarle prosperidad material y goces animales: otras necesidades tiene el hombre mas imperiosas; las del espíritu, que reclaman el noble alimento de la verdad y de la inspiracion de la virtud. Por eso la religion, único poderoso resorte para que la sana moral obtenga en los corazones su predominio, debe estar enlazada del modo mas íntimo con las operaciones de la vida civil; y el constituir una sociedad, en que la religion fuese excluida de las leyes é instituciones políticas, sería edificar sobre una base movediza y ruinoso, sobre el interés y la fuerza, que darían por último resultado el desórden anárquico. La historia del origen y vicisitudes de los imperios, las teorías y la práctica de los mas hábiles políticos vienen unánimes á comprobar esta aseveracion de un publicista célebre: «Si la adhesion al culto divino es la prueba mas positiva de la grandeza de un estado, el desprecio de la religion es la causa mas positiva de su decadencia». (1) «¡Cosa estraña! dice otro no menos conocido; la religion cristiana que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en la presente». (2).

¿Y adoptariamos, Señores, el absurdo principio de que para sostener la sociedad sobre las bases del órden, del respeto á la ley y de la práctica de la sana moral, importaria poco que esa religion fuese falsa ó verdadera, contentándonos con proclamar universalmente aquel dicho célebre del oráculo de Delfos; «Deos ex instituto civitatis colendos?» Pero esto equivaldria á decir que lo mismo tiene levantar el edificio social sobre una base sólida, que sobre otra movediza y ruinoso. No pensaba así seguramente el divino Platon, cuando

(1) Maquiavelo.—Reflexi. sur Tit. Liv. l. 1.º c. 2.

(2) Montesq. *Espirit. des lois.* l. 24. c. 3.

escribia que «la ignorancia *del verdadero Dios* es la peste mas desoladora de un estado.» Dirigid, Señores, una mirada retrospectiva al mundo pagano: yo os haré notar la verdadera causa de su decadencia y de su ruina: Ved al pueblo embebecido en un culto magnífico y espléndido, que fascinaba la imaginacion, y en nada mejoraba su corazon estragado; ved á los sábios, que exteriormente se acomodaban á los ritos idolátricos por no concitar el fanático furor del pueblo y porque necesitaban de la religion para sosten del edificio político; pero que en su interior despreciaban ese culto y solo abrigaban un sentimiento vago de religion sin prácticas ni dogma fijo; ved por fin á la moral hecha patrimonio exclusivo de la filosofía, que en las Academias y Liceos enseñaba máximas estériles, á propósito, cuando mas, para inspirar una virtud fastuosa. ¿Y qué ha sucedido? Señores: vosotros lo sabeis!... Y ¿qué sucedería cuando se multiplicasen y prevaleciesen entre nosotros esos espíritus altivos, que ignorantes en religion, cuanto ilustrados, si se quiere, en otros ramos del humano saber, relegan desdeñosamente al vulgo las creencias y prácticas del catolicismo, proclamando á su vez, para no disgustar á ese vulgo, el principio mismo de acomodamiento, que los antiguos invocáran? ¿qué sucedería, repito, cuando esa indiferencia se dejase traslucir y se infiltrase en el corazon del pueblo? ¿Qué sucedería?... ¡Ah, Señores! si la decadencia del mundo pagano fué precursora de una revolucion feliz, la nuestra sería forzosamente el funesto presagio del mas espantoso cataclismo!...

No basta, pues, repito, cualquiera religion para echar el cimiento de una civilizacion verdadera y estable; es necesario que esa religion lo sea; que tenga un origen mas alto que todas las instituciones humanas y que satisfaga á todas las inteligencias: mas aun; es necesario estudiarla con empeño para explotarla como un rico tesoro en beneficio propio y de la humanidad; abrazarla con fé viva y segun ella modelar

nuestras acciones, para que esa fé y esos ejemplos descendan de las clases ilustradas á las masas populares, y recaben la grande, la colosal empresa de su moralizacion.

Y bien, Señores, ¿le es dado ya desconocer á ningun hombre reflexivo que el Cristianismo, y solo el verdadero Cristianismo, es el que puede satisfacer esa necesidad? ¡Qué influencia vivificadora haya él ejercido en la sociedad, qué nuevo y feliz impulso le haya comunicado, pudiera desconocerlo quien ignorase los primeros rudimentos de la historia del mundo! Cuán eminentemente social y civilizadora sea la doctrina evangélica, solo pudiera ignorarlo el que la desconozca, y el que sordo á la voz de la experiencia y de la razon no advierta en esa multitud de utopias, legítimo aborto de una filosofía extraviada, el gérmen disolvente, que destruiría el equilibrio social, que conmovería las bases intelectuales y políticas, que arrancaría de cuajo la sociedad y sumergiría á los pueblos en una especie de barbarie culta, para hacerlos luego desaparecer en medio de los horrores de la selvática. Los dogmas sociales del Cristianismo, Señores, fortalecen la autoridad, fortalecen las leyes, fortalecen los deberes recíprocos. La autoridad; porque, si bien el Evangelio no consagra determinadamente ninguna de las formas peculiares de gobierno, confiere no obstante á la autoridad constituida, (cualquiera que ella sea) un carácter muy sagrado, y reprueba latamente aquellas teorías tan absurdas como sediciosas, que no lisonjean á la multitud sino para extraviarla, ni ensalzan sus derechos sino para hacerla quebrantar sus mas sagrados deberes. Vigoriza el Cristianismo las leyes humanas, proponiéndolas, no como reglas de utilidad, sino de conciencia, que inducen obligacion ante el tribunal divino como ante el humano, y así ennoblece la condicion del súbdito, mientras hace mas respetable el eco de la ley y la espada de la justicia. Fortalece finalmente el Cristianismo los deberes mútuos, prestándoles por medio del juramento una garantía

divina, que preserva á los pueblos de los caprichos tiránicos, mientras que á los depositarios del poder los pone á cubierto de populares tumultos. ¿Qué mas?... Bajo la influencia de aquesa religion augusta desaparecería la febril ambicion, que devora las entrañas del mundo político, y surgirían la paz y el órden para reanimarle; se ahuyentarían el lujo y la inmoralidad, que le corroen y empobrecen, y brotarían en su lugar virtudes acrisoladas y purísimas, que le vivificasen é hiciesen floreciente. El rico sabría que sus riquezas son un don de Dios, y que no le han sido dadas para que ciñendo corona de soberbia, insultase á la pobreza y se enseñorease del humilde, sino para que sea una viva imágen de la Providencia en la tierra, cifrando su mas puro placer en derramar sus tesoros en el seno de la miseria. Y á su vez el miserable y desvalido besaría esa mano bienhechora, adorando resignado los decretos del Altísimo, y esperando con alegría otra vida mas feliz, en la que haya de dársele «corona por ceniza, oleo de gozo por llanto y manto de alabanza por espíritu de tristeza.» (1)

Abrid, Señores, la carta de San Pablo á los de Efeso, y leed desde el capítulo 4.º al 6.º; leed asimismo la de los colosenses desde el capítulo 3.º al 4.º; ¿qué obra de filósofo, qué código de legislador nos ha trazado nunca, ni podrá jamás trazar, con mayor precision y sublimidad de doctrina, los deberes del hombre en la sociedad civil y en la doméstica?

Ni se diga que esas prescripciones sublimes de la ley evangélica se han desvirtuado ya; que el Cristianismo es ya decrépito; que es un antiguo coloso carcomido por los siglos; que ya difícilmente se sostiene sobre su peso sirviendo apenas para contener y encadenar á la multitud.

(1) Isai. 61. 3.

No, Señores, no se gasta el Cristianismo, porque es algo mas que una mera institucion política; no muere ni envejece el Cristianismo, porque tampoco muere ni envejece su fundador divino: «Jesucristo ayer y hoy, dice el mencionado apóstol, el mismo tambien en los siglos.» (1) Es y será siempre esa divina religion, una religion de actualidad; es y será siempre para el mundo el elemento mas poderoso de la vida social, el principio mas fecundo de verdadera prosperidad, la piedra angular de la verdadera civilizacion; porque nada tiene de local, nada de exclusivo, nada mas propio de un tiempo que de otro tiempo, de una época que de otra época, de un lugar que de otro lugar; es en fin, como lo ha reconocido el impío filósofo de Ginebra, la institucion social universal.»

¿Qué resta pues? Señores: fomentar su legítima influencia sobre la razon individual y sobre la razon pública, y en vez de ponerle trabas con recelosa y menguada política, permitirle que despliegue ámpliamente su accion eminentemente social y civilizadora.

Así, Señores, y únicamente así fuera realizable aquel estado de sociedad universal, en el que uniéndose todas las ideas y conciliándose todos los intereses, los hombres se mirasen como miembros de una misma familia estrechados por el hermoso lazo de la fraternidad; y cuando bajo la égida de la paz, del orden y de la justicia brillasen las ciencias con toda su pompa y esplendidéz; la agricultura, la industria y el comercio tocasen al apogeo de su perfeccion, y se abriesen de un modo perenne los manantiales todos de prosperidad pública.

¿Y quién sabe, Señores, si esto que en boca de la política panteista no pasa de un bello ideal parecido al de los tiempos felices del reinado de Saturno, ó bien á las escenas

(1) Hebr. 13. 8.

pastoriles de Teócrito y Virgilio, pudiera servir al mundo de feliz presagio? ¿Si las visiones inútiles de una filosofía, que delira, reflejarían acaso un porvenir de gloria y de ventura, armonizados definitivamente los derechos de la razón humana con las preeminencias de la fé católica? ¿Quién sabe si este será el cambio próximo y radical, que en el destino del género humano han previsto de un modo confuso los hombres mas reflexivos y los mas profundos escritores? ¿si será esta la solución de la gran crisis, que en el espíritu de la humanidad nos revelan ya hace tiempo sus terribles convulsiones y agitación continua?..... ¡Oh! ¿pudiéramos, Señores, pudiéramos ver nosotros el venturoso lema de esa alianza eterna en el frontispicio del magnífico templo que á la humana sabiduría le prepara nuestro siglo? ¿Viéran mis ojos la luz consoladora que de allí brotase para bañar nuestro horizonte, para difundirse por los dorados palacios y régios alcázares, y penetrar hasta en los mas humildes é insalubres hogares?...

¡Pero si esto es ilusión de mi fantasía, si tal vez la sincera expresión de mis ardientes votos mas que de la tendencia de nuestro siglo, lo diré con ingenuidad: en él nada vería, Señores, mas que un ídolo vano, á quien la polilla carcome en el mismo altar, en que recibe homenajes divinos! lo diré francamente; yo no pudiera tributarle inciensos, porque al través de la gasa dorada, que cubre el monumento de su gloria, en medio de las brillantes luces, que en torno suyo se derraman con profusión ostentosa, yo divisaría un triste féretro para la religion de que soy ministro!... Yo lloraría sobre la religion; pero mas aun sobre la sociedad; porque aquella, rechazada de la Europa, volaría y se aclimataría en apartadas regiones, poderosa como es, para «suscitar de las piedras hijos de Abraham»; (1) pero esta, la sociedad

(1) Math. 3.—9.

européa, ahogados ya en ella los sentimientos nobles y generosos por el predominio del sórdido interés, desdeñada ya en ella la hermosa virtud para abandonarse á lo que llamaba Lucrecio «solatia dulcia vitæ», y para exclamar como su maestro Epicuro en medio de las delicias, ¡este mundo es un banquete, del que solo saldré cuando estuviere hartol «Ut conviva satur»; así degradada esa sociedad, sus entrañas «se repudrirían en medio de ella», según la amenaza del Señor al Egipto, y expiraría entre dolores é ignominias. (1)

A tal abismo de males nos arrastraría infaliblemente, Señores, esa altiva filosofía emancipada de la revelación, si no se la estorba en su marcha desoladora, si no se ponen diques á su soberbia pujanza. A su aparición en el mundo, pudo decirse de ella como decía Q. Hortensio de la falsa filosofía de su tiempo, que rompía con las doctrinas tradicionales: «es muy fácil comprender que no es ella la sabiduría; porque conocemos su origen y la época de su nacimiento»; pero hoy, Señores, ya podemos juzgarla por su fruto, por sus resultados, por sus lamentables consecuencias; hoy podemos ya aplicarle lo que Melancthon decía del Protestantismo, de quien ella deriva su genealogía: «las aguas del Elba no darían bastantes lágrimas para llorar las miserias de la reforma!»

¿Qué espera, pues, de vosotros la sociedad? ¡miembros ilustres de esta Real Academia de Buenas Letras! Que coadyuveis á otra feliz reforma, que parece inaugurarse para borrar los últimos vestigios de la primera. Una misión importante, os he dicho en un principio, tiene que llenar en esta época toda corporación científica; y esa misión importante, os la he trazado ya, ni pudiera ocultarse á vuestra ilustración. Varones eminentes os han mostrado esa senda de purísima gloria abierta en nuestra época para el

(1) Isai. 19.—3.

hombre sábio, para el sábio verdadero; porque no merece el nombre de verdadera sabiduría la que no se derrama en beneficio del mundo. Si como ellos aspirais vosotros á haceros queridos de Dios y de la humanidad y recoger coronas de inmarcesible gloria, trabajad en catolizar la filosofía, en catolizar la ciencia, en catolizar la política y la literatura; preparad así el reinado del catolicismo en las costumbres para que renazcan las virtudes sociales, y el verdadero saber, y la verdadera prosperidad, y la libertad verdadera y legítima, bajo cuyo auspicio no tenga el magistrado que vibrar la espada «que lleva no en vano contra el malhechor», (1) ni el pueblo se vea estimulado á clamar con estentórea voz: «lex justitiæ fortitudo nostra!!!

HE DICHO.

(1) Rom. 13.—4.



**DISCURSO**

DEL DOCTOR

**DON JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO,**

**EN CONTESTACION AL PRECEDENTE.**



SEÑORES.

Nunca ha experimentado mi alma sensación más pura y más vivamente placentera que en este instante, y levántome, sin embargo, lleno de temor ante tan ilustre auditorio para contestar al nuevo académico. En efecto, la inmerecida honra que recibí de mis compañeros de darle, por decirlo así, la bienvenida, si lisonjea dulcísimo mi corazón, abruma al par con la dificultad grave del cometido. No es esto recurrir al usado artificio de la modestia para hacer benévolo el corazón de los oyentes: es la seguridad de que mi inteligencia y la copia de mis conocimientos no alcanzan á la altura del asunto, y ménos todavía á exponerle con la solidez y profunda doctrina que requiere.

No se trata en él, como habeis visto, de la opinion y mérito de un escritor, ni de la influencia literaria ó social de sus obras, ni de examinar y juzgar un sistema filosófico ó una época determinada; trátase de Dios, del Alma del Universo, de cuanto puede interesar al hombre como criatura

racional y parte nobilísima de la creación. Hasta la variedad casi infinita de opiniones que han nacido en su inmenso campo al calor de la verdad revelada y racional, y de la pasión y soberbia del libre exámen, hácenlo de mayor dificultad, y para mí, por la calidad de mis estudios, casi insuperable.

Si mi deber se redujese á dar el parabien al orador que me ha precedido y á la Academia porque le cuenta ya entre sus hijos, no me embargaría en este momento el temor de producir cansancio en vuestro espíritu. ¿Mas puedo yo sin fatigaros repetir débilmente lo que él, sábio é ilustre campeón de Jesucristo, ha expuesto con irresistible lógica, con profunda crítica y con variada y oportuna erudición? No, sin duda; y ahora veis más claro que no la modestia sino la necesidad me obliga á explicar mi difícilísima situación y á pedir os benevolencia. Grave y extenso el asunto y delicado por extremo, -há menester para su desenvolvimiento de saber mas alto, de estudios mas conformes á su índole que los míos. No le escogí yo, que mal pudiera ir contra mis propias fuerzas: obedecí la elección de la Academia, por deber y hasta por gratitud, porque siempre me distingue mas allá de mis débiles merecimientos. No ha sido, pues, el albedrío, ni ménos un empeño temerario de mostrar suficiencia los que me han traído á ser uno de los actores en esta solemnidad literaria. Por lo mismo no podré elevar siempre mi raciocinio hasta las altas regiones del nuevo académico: seguiré senda más humilde, no ya solo para evitar la repetición de unas mismas ideas, expresadas menos felizmente, cuanto por el deseo de dar algun interés á mi discurso, fatigando así menos vuestra atención.

El excepticismo, Señores, cáncer que se enseñorea siempre de las inteligencias presuntuosas, puede asegurarse que no es disposición natural del espíritu humano. Cree el jóven en las doctrinas que escucha de los lábios de sus padres y

maestros, y en las que despues van enaltecendo su razon y ensanchando el horizonte de sus ideas: cree el sábio, y no puede serlo el que duda, sino el que enriquece su inteligencia con innumerables conocimientos: cree el vulgo en la enseñanza de sus mayores, en la de personas cuya superioridad científica reconoce, y suple cuanto necesita saber para la vida con las espontáneas adivinaciones de su instinto. La credibilidad es tan propia de la condicion humana, que cuando desaparece de la mente puede asegurarse que se halla tan enferma como cuando ha perdido la integridad de la razon. ¿Serían concebibles sin la credibilidad el amor, el ódio, la amistad, el respeto, la confianza, y los demás móviles que nos acercan ó desvian de nuestros semejantes? Sin la credibilidad concíbese únicamente el egoismo.

Solo el hombre, en quien la inteligencia aparece extraviada por el error, ó por el temerario afan de explicarlo todo, sin más auxilio que su débil razon, duda, y tras esto niega lo que en su altivez no comprende. El excepticismo es el triste fruto de la corrupcion de la voluntad y de la inteligencia; es la inmovilidad del espíritu, la insensibilidad para gozar el placer de las verdades, el que encadena los ímpetus generosos del corazon, el que mata los afectos y las nobles pasiones; en una palabra, el excepticismo por su neutralidad entre la verdad y el error, es el verdadero ateismo. Sentad la premisa «soy escéptico» y encontrareis ineludible la consecuencia «luego eres ateo».

Dedúcese de aquí claramente que la fé, antorcha brillante que sirve al sér humano de segura guia en el complicado laberinto de sus investigaciones, es una necesidad absoluta en la limitacion de su inteligencia. La fé, hija de la revelacion divina, que cree las verdades que no alcanza á comprender la razon, es un fuego que sale del alma y dá aliento á los felices triunfos de la inteligencia. Así, siempre apareció el excepticismo en la historia del mundo cuando rompiendo la

razon, en su soberbia, con los conocimientos de la fé se declaró á la filosofía como exclusivo origen de todas las ideas.

Ni puede ser de otra manera. Separada la razon de la verdad revelada, elevóse hasta los cielos para sondear sus íntimos arcanos, fijó en son dogmático la esencia y el destino del hombre y formó á su modo al Hacedor y á la creacion entera. Y, nunca amortiguado el fuego de curiosidad que la consumía, destruyó un sistema para crear otro, y tras este otros diversos y opuestos entre sí, para caer despues en la extravagancia y el delirio. Si tomais, Señores, como hiperbólica mi afirmacion, darcis crédito á las palabras de San Pablo. Los griegos, (dice el apóstol) buscaron la sabiduría, y llamándose sábios solo llegaron á la locura. (1) Y no se crea que el espíritu cristiano llevóle á calificacion tan desfavorable contra el gentilismo. Ciceron, de quien no puede sospecharse en este punto, habia asentado ántes la misma doctrina en su tratado *de Divinatione*. «Nada hay tan absurdo (afirma en él) que no haya sido enseñado por alguno de los filósofos. (2)

Pudo la filosofía, merced á una atencion constante, arrancar en sus investigaciones secretos importantísimos á la naturaleza y crear verdaderos prodigios. Mas cuando no conforme con la lumbre que presta la fé, lanzóse á navegar sin brújula por mares procelosos y desconocidos, zozobró en ellos, á la manera de Icaro, á quien el sol derritió las alas que para volar habia inventado su soberbia. Limitada la inteligencia afanóse en vano por traspasar, con desprecio de la revelacion, los límites que le impuso el Todopoderoso; y juzgando descubrir sin ese auxilio la verdad, solo halló errores y produjo licencia

(1) Græci sapientiam quærunt... dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt. 1 Cor. 1. 22.

(2) Nihil tan absurdum dici potest quod non dicatur ab aliquo philosophorum. De Divinat. II, 58.

y desenfreno. Vióse á la razon por vez primera libre y altiva en Luzbel, y solo alcanzó su ruina, la de sus secuaces y la reprobacion eterna: vióse despues inobediente en nuestros primeros padres, y perdieron su venturosa inocencia y las delicias del Paraiso: vióse tambien en Atenas y en Roma despreciando la tradicion y despedazando las leyes religiosas, y dividióse en mil sectas extrañas, y aquellas sociedades se corrompieron y disiparon y cayeron en el envilecimiento y la ruina.

Ahora comprendereis, Señores, por qué dije ántes que no era disposicion natural del ánimo, sino un triste fenómeno de su perversion y la base del ateismo. Este que es la negacion de la verdad, de la virtud de los nobles instintos del alma, de los sentimientos generosos del corazon, si es de todo punto estéril para el bien, es inevitablemente fecundo para el mal. Oid como define Chateaubriand al ateo y comprendereis que no es exagerada sino débil mi calificacion. «Contemplad, exclama, en el fondo del sepulcro ese cadáver, esa estátua de la nada envuelta en una mortaja. ¡Ese es todo el hombre ateo! Feto nacido del cuerpo de la muger, inferior á los animales en el instinto; polvo como ellos, y convertido como ellos en polvo; que no tiene pasiones, sino apetitos; que no obedece á las leyes morales, sino á ciertos resortes físicos, y que solo vé delante de sí por fin único el sepulcro y los gusanos. Tal es el astro que se decia animado de un polvo inmortal. No nos hableis ya más de los misterios del alma, ni del secreto encanto de las virtudes. ¡Gracias de la infancia, amores de la juventud, noble amistad, elevacion de pensamientos, embeleso de los sepulcros y de la pátria; todos vuestros encantos desaparecen!» (1) Pero sigamos la razon religiosa; veamos como por ella se expone

(1) Chateaubriand. Génio del Cristianismo. Tom. 3.º pág. 343.

el dogma de la creacion del mundo. Dios creó al hombre á su imágen y semejanza, y formó de su cuerpo á Eva y hendijo á ámbos y les concedió el uso perfecto de los sentidos y les dió entendimiento y conciencia y grabó en ella de un modo indeleble la nocion de la ley natural, y otorgóles libertad y accion y el don precioso de los sentimientos morales. Aplicando despues el hombre en la corriente de los siglos estas facultades desenvolióse aun más su inteligencia y comenzó á rayar la aurora de la civilizacion. Por eso San Juan Evangelista ha podido decir con verdad que el Verbo eterno es la luz que ilumina al hombre al entrar en este mundo. Este es, segun la revelacion divina, el origen del ser humano y propio de la verdadera sabiduría y de la cultura social.

Veamos cómo explican el mismo fenómeno los dos sistemas filosóficos que mayor fama alcanzaron en la edad postrera del gentilismo, y que rompiendo con la tradicion antigua, y opuestos diametralmente en principios morales, se vieron sin tregua en mortal lucha hasta que la luz del Evangelio disipó de todo punto sus errores. Hablo del Epicurismo y del Estoicismo, conformes solo en lo siguiente. Suponen ambos que los primeros hombres, asi como todos los brutos, salieron de las entrañas de la tierra y eran solo ganado inmundo privado de la razon y de la palabra: que por el sustento más miserable ó por una guarida se hacian infatigablemente la guerra, sin otros medios ofensivos y defensivos que sus propias manos: que luego comenzaron á ofenderse con palos, despues con armas, y mas tarde inventaron la palabra y formaron un idioma para expresar sus sentimientos; y finalmente, que edificaron ciudades guarnecidas de murallas y dictaron leyes para el régimen de la sociedad.

Ya veis, Señores, de qué manera tan degradante para el hombre y tan absurda para la verdadera razon explicó la filosofia un acontecimiento que desde la más remota antigüedad

explicaron todos los pueblos de manera mas racional y elevada.

Admitido el sistema Epicúreo y Estóico, el ateísmo es su consecuencia legítima. En efecto, nacido el hombre de la tierra, sin vínculos que le unan á Dios, sin reconocerle en cualidad alguna, ni aun en los movimientos involuntarios del alma, esa es la conclusion inevitable. Por eso ni extrañamos que el epicúreo Lucrecio se burle de los Dioses en su poema «De rerum natura,» ni escuchar en los lábios del estóico Séneca que no hay nada despues de la muerte, ni aun la muerte misma. Y para que pueda reconocerse con cuanta justicia consideramos esta doctrina como extravio de la razon humana, obsérvese que no hubo nacion en que no apareciesen grabadas con indeleble sello la nocion de la ley natural y la del Sér Supremo, creador del mundo y del hombre: no, jamás hubo un pueblo de ateos. Ciceron entre los sábios de la antigüedad testifica este fenómeno, y la historia de las mas remotas edades lo corrobora. No eran unos mismos los Dioses de los Medos y de los Persas, ni parecíanse los de los Egipcios á los de los Griegos y Romanos. Pero todos convenian en la creencia de un Dios supremo y omnipotente. ¿Pudiera existir esta misma idea en naciones tan diversas en sentimientos, en carácter, en cultura, si Dios por una revelacion directa y primitiva no la hubiese grabado en su alma?

Y fuerza es confesar que en esa revelacion, oscura con el transcurso de los siglos, pero que llevaba al hombre al conocimiento del Altísimo y le daba una religion y esculpía perennemente en su pecho la ley moral, habia mucho de saludable y de benéfico. Así, cuando comenzaron á despreciarse en Roma las creencias de los antiguos dioses, produjo este fenómeno mas vicios que ilustracion, y desapareció el principal freno contra los crímenes. Catilina, (que era ateo) despues de arrancar la vida á un infeliz proscrito enturbió con sus

manos impuras y sangrientas la fuente lustral de Apolo, y no hubo luego falta ni delito que no meditase y cometiese. (1)

Ah! que respeto, Señores, puede esperar el hombre del que, no creyendo en Dios, lo desprecia y escarnece!

No se crea que la religion cristiana se opone á las investigaciones del erudito y á los descubrimientos del sábio: lejos de eso los ilumina y les presta su divino aliento para que no desmayen en el camino de la sabiduría. Los Santos Padres, columnas firmísimas de la Iglesia por sus raras virtudes, éranlo tambien por la maravillosa profundidad de sus conocimientos. Cuando todavía reflejaban los resplandores de la antigua Atenas sobre los imperios de Roma y de Bizancio, reunia aquella en sus escuelas numerosa juventud, estudiosa, apasionada de la poesía y ávida de penetrar en los arcanos del mundo y del hombre. Allí se reunian, sin saberlo, defensores de mil sectas extrañas y del ateísmo, y los más poderosos atletas de la religion católica: hallábanse allí, entre los últimos, los Basilio, los Gregorios Nazianzenos, los Crisóstomos y otros egrégios adalides del Crucificado: veíase allí tambien un jóven de mirada altiva, con el rostro expresivo y desdeñoso, inclinado ligeramente hácia el suelo; ese jóven era Juliano el Apóstata; el cual para calmar los recelos que de su inquieta ambicion abrigaba el emperador Constancio su tio, retiróse á aquel centro de sabiduria y tomó en una iglesia el título de lector. Mas extravióle su pasion por Homero y se entregó, ceñida ya la diadema imperial, á la defensa del Politeísmo con tal celo que prohibió á los cristianos el estudio de la filosofía y las letras porque juzgaba que contribuian poderosamente á la propagacion de sus doctrinas. Escuchad, Señores, cuan digna y enérgicamente se queja San Gregorio Nazianzeno de esta prohibicion. «Yo os abandono, escribia al mismo Juliano, el nacimiento, la

(1) Villemain.

gloria y todos los bienes de la tierra, cuyo encanto se desvanece como un sueño: pero no me separaré de las ciencias, y doy por bien empleados los trabajos y los viajes que he emprendido por tierra ó por mar para adquirirlas». (1)

Aun hoy son admiracion del docto las obras de los Santos Padres. No necesitamos recordar la sabiduría de los Griegos; San Agustín solo asombraba desde el África al mundo por su profunda y varia doctrina. Teología, filosofía, historia, antigüedades, ciencia de las costumbres, la belleza y las artes, todo lo abarcó la grandeza de su poderoso génio. Cartago era á la sazón rival de Alejandría en saber y en riquezas. Allí en gran número de escuelas se enseñaba la elocuencia y la filosofía, dábase culto á la tragedia, escuchábanse tambien las comedias de Plauto y de Terencio, y disertaba el ingenioso Apuleyo sobre las fábulas y la literatura de los griegos. (2) En África contaba la religion del Crucificado más de doscientos obispos: y, cosa extraña, Señores, cuando apoderándose los Vándalos de aquella comarca huyó de ella la lumbré del Cristianismo, la barbárie reemplazó á la cultura, y al saber la más estúpida ignorancia. Y continuó feroz y grosera en poder de los fanáticos islamistas, y aparece hoy del mismo funesto modo, y no sacudirá la herrumbre bárbara que la envuelve mientras no la ilumine otra vez la antorcha del Evangelio. ¡Ojalá el ciclo haya reservado tan envidiable y glorioso triunfo al heroismo y piedad de la católica España!

El Cristianismo, pues, lejos de huir los adelantos de la civilizacion, procurábalos ardientemente y sin tregua; y por su sencillez, por su alianza íntima con la moral, por el espíritu á la vez humano y severo de su culto y por sus dulcísimas y admirables virtudes penetraba en el corazón de la sociedad romana, corrompida ya por la disipacion y el egoismo.

(1) Villemain, Elocuencia del siglo IV de la Iglesia.

(2) Ibid.

La compasion y la caridad, sentimientos divinos que grabó el cielo en el corazon del hombre, pueden ahogarse por la preocupacion ó por costumbres inhumanas; mas si aparecen en algun pecho generoso, brotan en los demás tambien por la simpatía. Así, pues, los tesoros de caridad y amor que los cristianos derramaban en los gentiles, siquiera fuesen sus enemigos, no podian ser estériles, y su moral purísima se iba reflejando en el mundo gentilico que se convertia á las virtudes humanas, ántes de creer en la religion de Jesucristo.

Donde se observa mas claramente el acontecimiento enunciado es en la notable transformacion que las doctrinas estóicas sufrieron en los escritos del Emperador y filósofo Marco Aurelio. Fundadas aquellas en el desprecio del dolor físico, del placer y de la compasion, destruian las emociones más dulces del alma: negando grados en las faltas del hombre, y afirmando que toda debilidad, aun la más pequeña, era verdadero delito, producian insensibilidad y dureza en los corazones. Siendo ademas, para tan extraña filosofía, contraria en sentimientos á la razon y á los impulsos del alma, lícitos el homicidio y el suicidio, pudieron creer Bruto y Caton que exaltaban su virtud y patriotismo, siendo el uno asesino de César su bienhechor, y desgarrándose el otro las entrañas con sus propias manos.

Por el contrario, Marco Aurelio, aunque estóico y gentil, alimentábase de la compasion, de la justicia indulgente, y veía hermanos en los hombres, y creia en Dios y en la eternidad. ¡Qué apacible tolerancia encierran estas palabras tuyas! «Tú los amarás, (decia) si piensas que eres su hermano; que solo por ignorancia y á pesar suyo cometen faltas; y que en breve tiempo moriréis todos.» Tales milagros obraba la religion que tenía su origen en el cielo. Podia alguna vez no convertir la mente del idólatra á la contemplacion del Dios verdadero: mas purificando su corazon

y haciéndole bueno y caritativo, transformó aquella sociedad decrepita, asiento de corrupcion y de abominaciones, en una sociedad lozana, fuerte, virtuosa, y la elevó lentamente con la grandeza de los ejemplos y la sublimidad de la doctrina, á la creencia de la bienaventuranza y al amor de Jesucristo.

Ni quedaron en esto los beneficios de la religion cristiana. Cuando los Bárbaros sembraban en el imperio romano la devastacion y la muerte, pobló los desiertos para entregarse sin zozobras al trabajo, al estudio y á las prácticas de la vida penitente. Y allí, donde ántes habitaban fieras, oyéronse bajo suntuosas bóvedas, orgullo del arte, cánticos de alabanza al Sér Supremo: en donde solo crecia ántes la maleza, viéronse los abundantes frutos con que el cielo premiaba la inteligente laboriosidad del Cenobita: y en las iglesias, lo mismo de los campos que de las poblaciones, hallaron asilo las ciencias, las letras y las artes, y se conservaron con amor, y se transmitieron con pureza á la posteridad los riquísimos tesoros de la civilizacion antigua.

Contraigámonos, Señores, á la España gótica. Vinculados entónces el saber, la poesia y las artes en los santuarios, los obispos representaban las genuinas ideas conservadoras de aquella sociedad bárbara que pulian lentamente con la doctrina y el ejemplo: y dirigiéndola por la senda de lo justo y lo honesto, produjeron el Fuero Juzgo, código fundado en una justicia anterior á la humana, que fué maravilla entonces de Europa, y es hoy curiosidad y estudio del hombre docto. A la religion cristiana, que abrazaron los godos, debióse la fusion del pueblo conquistador y del vencido, haciendo que desapareciese la ley de raza humillante y depresiva para el último: la religion exaltó, despues de la triste rota del Guadalete, el sentimiento de independendia y el heroismo español; y en un porfiado y rudo batallar de ocho siglos alcanzó que ondease el pendon de la Cruz triunfante en las torres de Granada. Ella hizo á Colon surcar en débiles

naves el Occéano para dar á España un mundo, y creó conquistadores como Hernan Cortés, á quien ni la injusticia del monarca, ni el resentimiento, ni la sugestion natural del amor propio herido, fueron parte á desviarlo de la lealtad del caballero, ni de la resignacion del cristiano.

¿Podránse presentar, fuera de la religion católica, en la Edad Media, milagros de saber y de entendimiento como San Isidoro, San Gregorio Magno, Alberto el Grande, San Buenaventura, Alonso décimo y especialmente Santo Tomás de Aquino? Aun el primer poema épico moderno que por su grandeza sublime fué desde luego admiracion de Europa; que abraza en profunda síntesis la historia, las ciencias, la poesia y los sentimientos de un siglo entero, débese á Dante Alighieri, figura ingente entre los teólogos y estadistas de su época. En las Universidades, donde se fueron trasladando las semillas civilizadoras de los cláustros y de las Iglesias, llegaron á florecer las ciencias y las letras, al amor de la doctrina evangélica, con vigor tal vez más lozano que en Grecia y Roma en los hermosos tiempos de Pericles y de Augusto. Entónces descubrióse la pólvora que disminuyó el horror de las batallas, y la brújula dominadora de los mares y la imprenta que aseguró al entendimiento un trono y la inmortalidad.

Así continuaba la sociedad tranquila, y enriqueciéndose con ideas y descubrimientos útiles, hasta que en el siglo XVI la envidia y el encono turbando la inteligencia del irascible Lutero, leváronle á este escandaloso principio: «No debe admitirse como verdadero, en materia de religion, sino lo que cada uno cree, estudiando la Escritura.» Separada desde entonces la razon del elemento religioso, proclamó la libertad omnímoda del pensamiento, que, como veremos más adelante, trajo en pos de sí, en torbellino irresistible, suma de errores y de crímenes sin cuento. Ni podia ser de otro modo: que la razon, sin la autoridad



divina, cae en el precipicio del error: y la voluntad sin el freno de lo justo y lo honesto camina á la licencia y al delito.

Como consecuencia de las doctrinas del gran heresiarca de Witemberg intentó la razon, con loco orgullo, igualarse á la suprema inteligencia, y discutiéndolo todo, hasta las altísimas verdades de nuestra fé, hallóse engolfada en caos inmenso de dificultades y de contradicciones. De aquí el desaliento y la incredulidad: de ésta era inevitable el tránsito al ateismo. Ni cabia otra cosa despues de alcanzar por fruto de sus investigaciones la negacion, entre otros puntos, del Altísimo, de la Creacion, de la caída del hombre, de la Trinidad, de la Revelacion, de la Redencion, de la Gracia, de la libertad, de la inmortalidad del alma. Cuando no se atrevió á tanto, jamás logro ponerse de acuerdo sobre casi ninguno de los atributos de Dios ni de la inteligencia humana. ¿Quereis, Señores, un irrecusable ejemplo de la veracidad de esta doctrina aun en los filósofos que no renegaron del Eterno? Descartes, imitando á Platon, juzga que las ideas son innatas; Leibnitz que existen en el espíritu, de donde solo salen por la reflexion; Mallebranche las vé en Dios; Condillac en las sensaciones transformadas; Larromigiere en los sentimientos. Y sería forzoso gran espacio para notar las divergencias de los filósofos en este punto. Observad como la duda científica de Descartes se transforma, en la filosofía de Bayle, en escepticismo, y como Spinosa inicia el panteismo de esta edad. Ved como la esencia del hombre varía, segun el sistema de cada filósofo y no aparece de la misma manera á Descartes, ni á Malebranche, ni á Spinosa, ni á Leibnitz, ni á Destu Tracy. ni á Condillac, ni á Kant, ni á Schellin, ni á Hegel. (1) Y cuando de este modo se divide la razon en tan diversas y aun contrarias opiniones sobre un mismo punto, al alcance, por decirlo así, de su fuerza intelectual

(1) Véase al P. Ventura.

¿qué podía esperarse en cuanto al conocimiento de Dios, del universo, del espíritu, arcanos verdaderos para la débil razon humana? ¿Cómo remontarse esta á tanta excelsitud cuando lo que vé ante ella, lo que toca por sus propios sentidos y puede examinar tranquila y serena en cada instante y sin obstáculo alguno, la transformacion de una materia en otra por ejemplo, y el tránsito de materia inerte á materia animada, aun no ha podido explicarlo todavía? ¿Cómo, por qué un grano de trigo arrojado á la tierra transfórmase en tallo verde y lozano, y mas tarde en hermosa espiga? ¿Cómo, por qué brota de la descomposicion de la materia el mísero gusano, y de la tierra ó del agua el insecto, y anímase el feto en el claustro materno, y conviértese la crisálida en brillante mariposa?

Si esto es indudable, ¿cómo dejar la sociedad y el destino del hombre en la otra vida expuestos al extravio de un exámen libre y apasionado? Sí; porque esa libertad no reprimida por el Evangelio, en cuanto á él pertenece, es la que acalora la razon y la ofusca y pervierte, y con su perversion trastorna las naciones. En efecto, la libertad absoluta de pensamiento supone la misma libertad en la voluntad. Pensar libremente y obrar con freno es inconcebible. ¿A qué la libertad de inteligencia si la voluntad no pudiera realizar sus teorías? La razon libre supone una voluntad igualmente libre: supone la egecucion de la verdad, del error, hasta de los delirios en que incurra la inteligencia. Pues bien, esa libertad no puede concebirse ni en Dios mismo, porque ni el error ni el mal caben en su esencia. ¿Quereis ver con ejemplos confirmados los males de esta doctrina? Cuando en Alemania rompió el pensamiento con la revelacion evangélica y la huyó y combatió, juzgándola rémora al saber, aparecieron las horribles saturnales de Múnster, y pudo Juan de Leyde, espíritu mísero y depravado mandar en la ciudad y ser obedecido con el pomposo título de profeta

y rey. También pudo Cromwell más tarde hacer rodar la cabeza del infeliz Carlos I en la plaza de Withehal.

El gran Bossuet en la oración fúnebre de la reina de Inglaterra nos explica la causa de su tremenda catástrofe. «El origen de todo mal (dice) consiste en que los que en el pasado siglo no titubearon en aceptar la reforma haciéndose cismáticos, y no encontrando muro más fuerte contra sus nuevas doctrinas que la autoridad santa de la Iglesia, viéronse obligados á destruirla. Así las disposiciones de los concilios, la doctrina de los Padres y su santa unanimidad, la antigua tradición de la silla pontifical y de la Iglesia católica, no han sido, como ántes, leyes sagradas é inviolables: cada uno se ha hecho tribunal ó árbitro de su creencia. Y aunque parece que los novadores quisieron contener á sus adeptos encerrándolos en los límites de la Sagrada Escritura, como verificóse la reforma con la condicion de que cada fiel se convertiría en un intérprete, porque el Espíritu Santo le dictaba su explicacion, no hay particular que no se vea autorizado por esta doctrina á adorar sus invenciones, á consagrar sus errores, á llamar Dios á todo lo que él piensa. Desde entónces pudo preverse que no teniendo límites la licencia, habian de multiplicarse las sectas hasta lo infinito; que sería invencible la terquedad, y que mientras unos no cesarian en sus disputas, ó darian sus sueños como inspiraciones, fatigados otros de visiones tan insensatas y no pudiendo reconocer la magestad de la religion despedazada por tantas sectas, irian otros á buscar un reposo funesto y una independencia absoluta en la indiferencia de las religiones ó en el ateismo.

. . . . .

Así los Calvinistas más atrevidos que los Luteranos han servido para establecer á los Socinianos que avanzando más que aquellos engrosaban su partido diariamente. Las infinitas sectas de los Anabaptistas proceden del mismo origen: sus

opiniones mezcladas al Calvinismo dieron vida á los Independientes, los cuales no tuvieron límites en su doctrina. Entre estos veíanse á los Tembladores, gente fanática que juzgaba inspirados todos sus delirios.

. . . . .

Nada detuvo la violencia de los espíritus fecundos en errores: y Dios para castigar la irreligiosa inestabilidad de esos pueblos los entregó á la intemperancia de su curiosidad loca: de tal manera que el ardor de sus disputas insensatas y su religion arbitraria convirtiése en la más peligrosa de las enfermedades.»

Y si queréis, Señores, en otro ejemplo práctico ver también comprobada mi doctrina, fijad la mente en la revolucion francesa que puso lastimoso término á la vida de Luis XVI. No se paró en esto su segur devastadora; que no se hallaba cumplida con la muerte del soberano la enseñanza de Voltaire y los demas enciclopedistas. Habían renegado en ella de Dios y del alma, y sus discípulos que la guardaban fieles llegaron para cumplirla hasta negar oficialmente la existencia del Todopoderoso, entronizando la razon como único sér supremo. Y no se crea que esta declaracion desatentada fué producto de momentáneo vértigo, no; era consecuencia inevitable de las proposiciones asentadas en la predicacion de los referidos sábios. Negado por la razon descreida el poder del cielo; qué digo, negado el propio cielo, no podían existir en la tierra, para la razon autoridad ó poder alguno que no fuese ella misma. De aquí la supresion y exterminio de los que antes existían en todos sus grados hasta el más augusto. Por cierto que espantada la sociedad de su criminal obra retrocedió otra vez por una reaccion natural é irresistible al Catolicismo, donde solo veia su salvacion.

Ahora, Señores, oid además el anatema con que Dios, por boca del profeta Zacarías conmina á los pueblos que se separan de la religion por él establecida y comprendereis que vió

clarísimamente en su presencia la impiedad de los que de tan vituperable modo discurrían. «Su alma ha variado respecto á mí. Y dije; no seré vuestro pastor: que muera el que debe morir; que se destruya lo que debe ser destruido, y los que resten que devore cada cual la carne de su prógimo». (1)

Por el contrario, respetando el catolicismo la verdad revelada, cuyo divino origen, aun sin la autenticidad de los milagros refléjase en su pureza y en la dulzura y santidad del Evangelio, tóvola siempre por base de sus investigaciones, como el arquitecto que ha de levantar gigantesco edificio, cimientos sólidos é indestructibles. No damos á entender con esto que el filósofo cristiano, fuera de los puntos de fé sea infalible en sus investigaciones, que como al lado del bien suele hallarse el mal, tambien junto á la verdad encuéntrase, á veces, el error; pero caerá en él mas difícilmente por lo mismo que busca la verdad exento de pasion y de soberbia; y aun suponiendo que el error sea al cabo el fruto de sus racionios, ni producirá con él la perdicion del alma, ni traerá á las sociedades perturbaciones y delitos.

Prudente y modesta la razon católica, allí donde apareció una heregía ó un error que condujese al cataclismo social ó desviase al hombre de la senda de salvacion, se la vé acudir valerosa al combate y aniquilar á sus adversarios bajo el grave peso de sus sábias razones. Fijémenos en nuestros dias, en que parece que la vanidad científica raya en frenesí en los espíritus incrédulos. Oid decir á unos con aire desdeñoso, parodiando á Jacobo Rousseau, que el Cristianismo ha terminado su mision, á otros que es incapaz de progreso por causa del dogma; á otros, en fin, que dejando su inmovilidad reaccionaria debe adherirse á los adelantos

(1) Anima eorum variavit in me. Et dixi; non pascam vos: quod moritur, moriatur; et quod succiditur, succidatur: et reliqui devorent. unusquisque carnem proximi sui.—Zacarías. Cap. 11, v. 9.

civilizadores. ¿Puede afirmarse esto, sin locura, de la religion que llevó siempre entre los pueblos mas civilizados del mundo el cetro de las ciencias, las letras y las artes: que hoy mismo ostenta más brillante la bandera de la civilizacion que ningun otro de la tierra? ¿Conócese moral tan pura y dulce como la suya, caridad tan tierna y ardiente, libertad tan lata y á la vez racional, y mayor tolerancia con los enemigos? El que lo dude vuelva la vista á esas costas de África, regadas con la sangre de nuestros soldados y enaltecidas con sus victorias: obsérvelos despues de sufrir serenos las enfermedades del clima, el furor de los elementos y las crueldades de los feroces marroquíes, cual les tienden, despues del triunfo, sus manos generosas, y les guardan sus inmunidades, y respetan su religion y despójanse del propio sustento para socorrer su miseria.

Si la inmovilidad del dogma cristiano, como dicen los racionalistas puros, fuese obstáculo al progreso de la civilizacion, lo mismo aconteceria con las verdades pertenecientes á la esencia de las cosas. Invariable esta, invariable ha de ser en rigor la verdad que de ella emana. ¿Y perjudica, por ventura, esa cualidad á los adelantos de la inteligencia? ¿La civilizacion y la sabiduría verdadera no están fundadas en su estudio y conocimiento? ¿Y será Dios, inmóvil en sus atributos, rémora al progreso científico, residiendo en él la inteligencia y la sabiduría aun más allá de cuanto grande y excelso puede soñar la mente humana? ¿No tendríamos por loco al que pretendiese alterar las verdades matemáticas á pretexto de que su inmovilidad puede perjudicar á sus propios adelantos? Que consideren los que así racionan el sol fijo, inmóvil, en el centro del mundo, como dice el egrégio obispo de Orleans, ilustrando y animándolo todo, girando á su alrededor los astros, sin que falte jamás su lumbre ni su benéfico influjo, y verán en él la imágen del Catolicismo.

No ménos peregrina es la proposicion de los que pretenden que marche este al nivel de los conocimientos humanos. ¿Háse quedado alguna vez atrás desde que para salvacion del hombre se verificó la gran tragedia del Gólgota? ¿No hémos visto que la historia de las ciencias, las letras y las artes, sin excluir una edad sola, es tambien en este punto la de la gloria del Cristianismo? ¿Pudo jamás el libre exámen ni igualarle en esta cualidad, ni vencerle una vez siquiera en sus controversias y tenaces acusaciones? En nuestra época en que, tal vez más altivo y encarnizado que nunca, volvióle á hacer blanco de sus furores ¿pudo dirigirle tiros sin que se los volviese derechos al corazon?

¿Y cuándo podrán olvidarse las conferencias del doctísimo Padre Ventura Ráulica? ¿Cabe saber más variado y profundo, mayor conocimiento de todos los sistemas filosóficos, ni mayor oportunidad en la aplicacion de las sagradas escrituras? Su inteligencia, vivo destello de la divina, abraza la teología, la filosofía, la historia, la poesía, y las ordena sábiamente para servir á la demostracion de las verdades cristianas. ¡Con cuánta naturalidad y lucidez expone el pensamiento dominante que agitó á la filosofía antigua y las contradicciones y hasta los delirios en que incurrieron algunos de sus autores! ¡Cuán admirablemente demuestra la necesidad de la enseñanza católica, la magnificencia del augusto misterio de la Trinidad, la grandiosa idea que envuelve el de la Encarnacion, y cómo su creencia ha purificado y embellecido los sentimientos humanos. En esas conferencias prueba, en clarísimo y severo análisis, la necesidad de atenerse á la autoridad divina en materias religiosas, si han de evitarse los errores funestos de los que las despreciaron: demuestra igualmente la verdad del dogma de la creacion y destruye con este motivo las doctrinas del Dualismo, del Panteismo y del Atomismo que lo conculcan. La luz evangélica que le guia parece que enaltece y agranda su inteligencia en las más graves y

difíciles cuestiones y le prestan profunda y variada sabiduría para enriquecer sus doctrinas y darles interés y amenidad, y asegurarle la victoria.

Y si volvemos la mirada al cardenal Wisseman, orgullo de esta ciudad, en que se meció su cuna, y lumbrera del Catolicismo, en medio de la Inglaterra protestante, veremos cuán fácilmente deshace los argumentos contra el Cristianismo por las ciencias descreidas. Llevando su investigacion, en que compite la alteza del entendimiento con la gran copia de su doctrina, al propio terreno que sus adversarios, prueba con datos irrecusables contra los que no conceden un origen único á las lenguas, ni otro único tambien al sér humano; que las primeras son todas ramificaciones de un lenguaje primitivo, y que los hombres, en toda la variedad de sus especies diseminadas por la haz de la tierra proceden, separándose en grupos, de una familia primitiva, la cual á su vez descende de nuestros primeros padres. Demuestra asimismo, sin réplica, la resurreccion milagrosa de Jesucristo contra los que pretenden que no murió, sino que solamente habia sido presa de un desmayo. No ménos docto y dialéctico muéstrase en la cuestion del Diluvio y su universalidad y su fecha. Válese para ello de un exámen profundo y escrupulosamente prolijo de multitud de fenómenos geológicos que todos vienen á confirmar el suceso sin dejar asomo á la duda. Considerad el águila cuando elevándose hasta los cielos magestuosa y serena domina desde allí las nubes, las tempestades y la extension del universo, y habreis formado idea de la altura admirable de su inteligencia. El espíritu que sigue absorto la elocuentísima argumentacion de estos nuevos é invencibles apóstoles de la fé, vélos como iluminados por el rayo del Omnipotente, para continuar la nunca interrumpida y gloriosa cadena de los génios que han asegurado siempre el trono de la sabiduría y de la verdad á la religion cristiana.

Si de aquí nos dirigimos á la poesía y las artes, brillante decoracion éstas del edificio social, y expresion genuina aquella de lo que más hondamente conmueve el corazon y es mas bello y grandioso en la naturaleza visible; ¡cuánta gala y encantos y magestuosa grandeza no debieron al cristianismo! Fijémonos por una mirada retrospectiva en su origen. ¿Cuál era á la sazón el estado de la señora del universo? Veíase conculcada la justicia con proscriciones sangrientas, la moral violada con bacanales de repugnante obscenidad, la paz honrada del hogar doméstico expuesta á la delacion y al patíbulo, y las provincias presa de la rapacidad y tiranía de los procónsules. En esto oyóse en Judea la voz de Jesucristo que ofrecia á nombre del Padre celestial la salvacion eterna, sustituia la caridad al egoismo, instituia la fraternidad entre los hombres, y para cumplir su promesa divina espiró en el suplicio afrentoso de la Cruz. Entónces purificáronse, como ya hemos visto, todos los sentimientos, y dejó de pintar la poesía los placeres de la materia y la frivolidad de las costumbres gentiles, y vióse la pura y reflexiva describir las inquietudes y deseos del alma, y los arcanos del pensamiento. Entónces clavó la mirada absorta en las maravillas del Empíreo como en demanda de aquel á cuya voluntad omnipotente surgió la creacion entera, y apareció la luz con solo decir «hágase». Entónces, en fin, dejó de ser el amor grosero y material, y salió la muger de la esclavitud en que la aprisionaba el sensualismo pagano, y se la consideró igual al hombre, como su amable compañera, y mas tarde, por la galantería caballeresca, como objeto de adoracion. ¿Pudiera suceder otra cosa despues de albergar la Vírgen María en su seno al Redentor del mundo, y ser la muger la primera en consolar y socorrer los mártires, la más apasionada de la nueva religion y la más valerosa y resuelta para arrostrar persecuciones y sufrir martirios?

Con la religion cristiana desapareció el hombre fisiológico; que no podia ser arrastrado por ese ímpetu irreflexivo, inevitable, hácia el objeto de sus deseos, el sér libre que lucha contra los estímulos de la materia y la vence y domina. ¡Cuántos brillantes ejemplos aparecieron entónces en este punto para modelo y admiracion de los siglos! Ni la sublimidad de Homero, ni la delicada fantasía de Virgilio, habrian podido imaginar el puro idealismo que la cristiana musa de Tasso presta á algunos de los varios pasages de su encantador poema. Tancredo, que sería incomprendible para los padres de la epopeya, es para nosotros fuente inagotable de melancólicas y dulces emociones. El Agamenon de la Iliada queda notablemente inferior en grandeza de alma, en moralidad y en virtudes militares á Godofredo: y Reinaldo, felicísima imitacion del Aquiles homérico, sin ser menos impetuoso y valiente que el hijo de la Diosa Tétis, hállase despojado de su ferocidad desapacible y es siempre más interesante y generoso.

Considerad tambien, Señores, la poesia lírica pagana. Ved al vate poseido de ardorosa exaltacion por la gloria de su pátria, elevándose sobre cuanto le cerca, pintando con frase de fuego sus triunfos y dando lecciones á los pueblos en máximas profundas: vedlo enardecer al soldado en las batallas, predecir con voz inspirada las evoluciones de lo futuro, mostrar á Júpiter con su temido rayo, y la belleza poética del Olimpo coronado de Dioses. ¿Pueden, sin embargo, compararse sus sentimientos con los altísimos de la poesia lírica cristiana, ni el poder de Júpiter, esclavo del amor sensual y del destino, ni las rencillas domésticas de su Olimpo, con el poder del Omnipotente y con la santidad y pureza suma del cielo cristiano? Leed á Píndaro, cuyo arrebató y fogosidad son envidia del vate de Venusa, y os describirá los pacíficos y nobles combates á que se entregaban en los juegos olímpicos los monarcas y héroes de los pueblos

jónios. Leed al mismo Horacio y notareis que nada halló mas grande que el suicidio de Caton, cuya alma indomable no logró vencer el alto heroismo de Julio César.

Pues bien, Señores: comparemos esta poesia con la lírica cristiana, y, limitándonos para gloria nuestra á la nacion española, dígase si alguno de los dos supera al cantor de la batalla de Lepanto en la forma poética y si le igualan en la magestad imponente del pensamiento. Pasando Herrera del ódio á la indignacion, describe con imponderable energía la arrogancia y ferocidad del turco, para ensalzar por este medio aun más el heroismo de D. Juan de Austria su héroe, y presentar más visible la proteccion del cielo, escudo y vengador del pueblo cristiano en tan insigne victoria. Cítesenos el pasage de mayor pompa y solemnidad que se encuentre en los dos poetas líricos paganos, y se verá si puede competir con el siguiente, principio de la oda á tan famosa batalla:

Cantemos al Señor que en la llanura  
Venció del ancho mar al Truce fiero:  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tú rompistes las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon feroz guerrero.  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar, y descendieron  
Cual piedra en el profundo; y tu ira luego  
Los tragó como arista seca el fuego.

Oigamos tambien otro pasage del mismo autor, tomado de la cancion á la pérdida del Rey Don Sebastian. Nadie ignora la terrible catástrofe ocurrida en África, en Alcazarquivir, á este monarca, á quien los brios de la mocedad, la época de suyo aventurera y tal vez una loca ambicion, empujéronle á perecer allí con su ejército. Dice así Herrera aludiendo á su empresa insensata:

¡Ay de los que pasaron confiados  
 En sus caballos y en la muchedumbre  
 de sus carros, en tí, Libia desierta!  
 En su vigor y fuerzas engañados  
 No alzaron su esperanza á aquella cumbre  
 De eterna luz: mas con soberbia cierta  
 Se ofrecieron la incierta  
 Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos  
 Con yerto cuello y corazon ufano  
 Solo atendieron siempre á los despojos;  
 Y el Santo de Israel abrió su mano,  
 Y los dejó, y cayó en despeñadero  
 El carro y el caballo y caballero!

¡Cuántos rasgos pudieran copiarse en esta y otras composiciones del mismo autor de igual magestad y fuego! Obsérvese que la entonacion grandilocuente y el mayor arrebató lírico de Herrera, aunque hombre siempre de alto pensamiento, se encuentran en aquellos períodos en que invoca el influjo divino, ó aparece enalteciendo al que le implora y reverencia, y desatando los raudales de su ira contra el descreído que le ultraja.

La misma oda moral á que el lírico del Lacio debe acaso las más bellas flores de la eterna aureóla que circunda sus sienes, es inferior á la oda moral que el evangelio inspiró al alma pura del maestro Leon. Horacio, de condicion apacible y sin sueños ambiciosos que turbáran su pecho, pinta maravillosamente los placeres de la vida en la medianía; pero refiérese á los que halagan la materia y recrean los sentidos lejos del fausto y de la vana ostentacion y de las inquietudes y zozobras del mundo. Como sectario de Epicuro, á cuyo rebaño confiesa pertenecer, no enaltece esa vida modesta y retirada en que sin angustias ni privaciones, porque el deseo es humilde, se practica la virtud, más bella mientras más se oculta, sino el egoismo que huye de la agitada pompa, lo mismo que de la miseria de sus semejantes, para que

no le turben en el gozo de sus sensuales placeres. ¿Dónde se encuentran en Horacio la caridad, el amor al prógimo, la humildad benéfica, dónes purísimos y generosos que derramó el Evangelio en el corazón del hombre?

Tampoco un personaje cristiano, con el ejemplo de su Redentor, con la elevación de su fé, con la creencia de la vida futura y con la conciencia de su libertad, podía sentir de la manera fisiológica que el personaje pagano y ser como él juguete de fuerza misteriosa. ¿Cuán notable ventaja lleva Racine á Eurípides en la Fedra! Y no se crea que debe esta superioridad á la mayor cultura del arte, ó á rechazar el filosofismo que embota á veces la apasionada ternura del trágico griego, sino á que los sentimientos y pasiones que ostenta su heroina, sin perder su verdadero carácter, pertenecen al cristianismo. En Racine, aunque se precipita Fedra por la misma reprobada senda, lucha contra la voluntad omnipotente del destino y vé desgarrado su corazón, y horrorizado su espíritu por los remordimientos de la conciencia.

¿A quién sino al cristianismo debe Lope de Vega el pudor y delicado sentimiento de sus damas, puras como el albor primero de la mañana, Calderon el carácter caballeresco, hidalgo y pundonoroso de sus galanes, Alarcon la discrecion y moralidad de sus fábulas, y todos ellos ese amor en que solo toman parte el corazón para sentir y la mente para enaltecer é idealizar el objeto idolatrado?

También la elegía, invención del génio latino, que en Propércio es fogosa y apasionada y en Tibulo melancólica y de admirable delicadeza, no pasa en ellos de los afectos que inspira al poeta el espectáculo del mundo visible y de sentimientos más ó menos profundos, pero marcados siempre con la tinta del sensualismo. Dejemos á Propércio con su fogosa pasión por Cíntia, cortesana violenta y de no segura fé, pasar del elogio al vituperio, según ella le escuchaba amante

ó desdeñosa: hablemos solo de Tibulo, que aunque menos variado, es siempre verdaderamente elegíaco. ¡Qué tierna dulzura esparce en sus composiciones, ora hable de la sencillez y apacibilidad del campo, ora de la humilde medianía, ora de su amor entrañable á Délia. Cuando por involuntario presentimiento asáltale la idea de la muerte y considera á su amada derramando lágrimas sobre sus restos inanimados, conmueve el corazón con tristísimas emociones. Pero su amor no se eleva á la cumbre celestial, no pasa de lo terreno, muere con él, porque no hay para él otra vida pura y divina, en que puedan verse las almas buenas y gozar eternamente las inefables delicias de la bienaventuranza.

Véase por el contrario en Sinésio, célebre obispo de Tolemáida, poeta, como San Gregorio Nazianzeno, del cristianismo naciente, en una de esas composiciones que parecen meditadas más con el corazón que con la inteligencia, en que cada frase es un lastimero gemido, cómo llora la devastación de la provincia de Cirene su patria por los bárbaros, contra los cuales era ya impotente el caduco poder del imperio. Véamos:

«¡Oh Cirene, cuyos archivos públicos hacen subir mi origen hasta la raza de los Heráclidas! Tumbas antiguas de los Dórios, donde yo no tendré cabida; desventurada Tolemáida, de la cual seré último obispo... No puedo continuar, los sollozos ahogan mi voz. Me estremece el pensamiento de verme precisado á abandonar el santuario: forzoso será embarcarme y huir: mas cuando para ello se me llame iré al templo de Dios, me prosternaré ante el altar, bañaré el pavimento con mis lágrimas, y no me alejaré sin haber besado el suelo y la tabla santa.

. . . . .

Yo, que pasaba frecuentemente las noches lejos del sueño para estudiar el curso de los astros, me veo abatido por las vigilias para defendernos de las agresiones del enemigo. Apenas dormimos algunos momentos, mi escaso reposo es

interrumpido por el grito de alerta: y si cierro los ojos ¡cuántas espantosas visiones me traen á la imaginacion los desastres del dia! Sueño á veces que estamos presos, heridos, cargados de cadenas, vendidos como esclavos... Con todo, yo permaneceré en mi puesto en la iglesia, colocaré delante de mí los vasos sagrados, abrazaré las columnas del templo que sostienen el altar santo; allí permaneceré vivo ó allí caeré muerto. Soy ministro del Señor y debo sacrificarle mi vida. Dios dirigirá una mirada de compasion sobre el altar regado con la sangre del pontífice.»

Esta, Señores, es la elegía con que la religion cristiana reemplazó la de la gentilica. Elevada como la criatura racional, severa y grande como su mision sobre la tierra, y triste y lastimosa como el dolor mismo ¿no os parece escuchar en ella la voz desgarradora del profeta que lloró en sus Trenos la destruccion de Jerusalem?

Diráseme que las artes gentilicas en cambio, la arquitectura, por ejemplo, vence en grandeza, en atrevimiento y en maravilla á la arquitectura moderna. No negaré, Señores, refiriéndome únicamente á la profana; que la artística y poderosa Atenas, y, sobre todo el pueblo rey dominador del mundo y lumbrera del orbe, dejaron estampados en augustos y colosales monumentos, admiracion del hombre y milagro del arte, el grave sello de su poder, de su orgullo y de su imponente grandeza. No así en su arquitectura religiosa. Acostumbrados los griegos y los romanos á ver en sus dioses las pasiones, las querellas y hasta los zelos y envidias que empequeñecen y malean los sentimientos humanos, y á contemplarlos en este punto á veces aun más pequeños que algunos hombres, solian implorarlos y considerarlos como se implora y considera al poderoso de quien podemos experimentar males ó beneficios. ¿Podia este sentimiento casi egoista elevar su mente y exaltar su fantasía para erigirles templos en que la idea de la veneracion, del amor y de lo infinito se viese presidiendo á la idea

artística del arquitecto? No; y los templos que nos conserva el dibujo y en que campea graciosamente la belleza, ya en la elegante sencillez, ó ya en los ricos primores del ornato, si llegan hasta una grandeza magnífica, nunca consiguen rayar en la sublimidad. Esa idea solo podia albergarse en los que ven en Dios al Todopoderoso, creador del mundo y fuente inagotable de clemencia y de todo bien; y de ella, como expresion natural y genuina, salió la arquitectura gótica.

Fijad, Señores, la imaginacion en esa magestuosa y sublime Iglesia Metropolitana, fruto de la piedad religiosa más ardiente, ved sus preciosas balaustradas, á modo de ligero encaje, sus gallardas pirámides como rica filigrana, sus atrevidos botareles que parecen desafiar las leyes físicas de la naturaleza; entrad despues en sus espaciosas naves y contemplad la gallarda y pasmosa elevacion de sus columnas y de sus severas ojivas; sus bóvedas parece que tocan á los cielos y que sus vidrieras retratan en sus figuras y brillantes colores su imponderable hermosura. ¡Oh! no podreis dentro de su recinto dejar de acordaros de Dios y de acatarle; pero con ese recogimiento producido por el Sér, que solo pudo inspirar al génio creacion tan gigantesca y divina. En vano buscareis esa magestad sublime en el renacimiento, ni en el gusto greco-romano, ni ménos en la fantástica, risueña y sensual arquitectura árabe. El uno sorprenderá vuestro espíritu por su grandeza y el esmerado gusto de su ornato, el otro por la elegante sencillez de su conjunto, la otra recreará dulcísima vuestra vista. Pero ese pasmo del alma que la lleva irresistiblemente á la contemplacion de lo infinito, ese recogimiento que nos inclina á la oracion y nos acerca al cielo, solo los hallareis en el templo gótico, inspirado por Dios mismo.

¿Qué constituye en la pintura y escultura de la edad de oro de nuestras artes, esa belleza, esos rasgos divinos que nos elevan á Dios y á la contemplacion de la gloria de

sus escogidos? ¿Á qué otro móvil debió Murillo la rara y celestial hermosura de sus vírgenes, la divina expresion de la caridad, el mérito y consuelo de la oracion y el encanto de sus glorias? ¿Á qué Zurbarán la sorprendente apoteosis de Santo Tomás de Aquino? ¿Á qué Campaña su famoso descendimiento, y Valdés su magnífica y aterradora idea de la muerte? Fijaos tambien en Montañés y vereis que en sus imágenes tan portentosas por la perfecta y admirable proporcion de los miembros como por la felicísima expresion de la cabeza se reflejan la resignacion, la ternura y la magestad sublime del Dios que redimió al hombre con su muerte. Rayaba en la perfeccion, es verdad, el arte en tan pasmosas creaciones. Pero el arte y sobrehumano ingenio de sus autores no habrian podido vislumbrar siquiera tanta maravilla sin ese milagroso instinto que les daban su amor á Dios y su piedad ardiente.

Termino, Señores, porque me mortifica el temor de producir cansancio en el ilustre concurso que me escucha. No cerraré empero mis lábios sin consagrar á nuestra Academia un recuerdo que comprueba la doctrina sustentada en mi discurso. Modesta y cristiana colocóse desde su fundacion bajo el poderoso patrocinio de Nuestra Señora de la Antigua y del Sapientísimo Prelado San Isidoro. Recias tempestades ha visto en derredor suyo, destruyendo tronos seculares con estrépito espantoso: ha visto el espíritu del mal produciendo ambiciones desapoderadas, y con ellas turbarse hondamente las sociedades: há visto el espíritu del error vertiendo á mares la ponzoña de funestas doctrinas. Tambien ella sufrió el desden de los poderosos y el abatimiento y hasta el despojo de su propio asilo: pero pobre y oscura y aun debiendo á veces el recinto en que se guarecía á la generosidad de otras corporaciones, semejante al árbol que entre la maleza é ignorado de los hombres produce dulcísimos y olorosos frutos, vióselas con infatigable afan, y sin interrupcion alguna,

añadir con profundas investigaciones preciosos descubrimientos á las ciencias, penetrar en los misterios psicológicos del hombre, dirigirle por la senda del bien y demostrar el origen de la belleza presentando palpable su teoría en las producciones del génio. ¿Y sabeis, Señores, por qué ha podido seguir pacífica y sin retrocesos en tan laudable senda tributando provechoso culto á la civilizacion? Porque la razon católica fué su base, la fé su guia, el bien de la humanidad su único interés. Y en esto solamente, despojada de vanidad y de orgullo, vió la verdadera gloria. Si juzgais que afirmo como verdades ilusiones de mi fantasía, los nombres ilustres que enaltecen su historia serán fiadores de la veracidad de mis palabras.

Hemos visto filosófica y literariamente que la armonía entre la religion católica y las ciencias produce la moralidad, el órden, la verdadera civilizacion. Separadas, engólfase la filosofia siempre en el error, y trae al hombre la perdicion eterna y la ruina de la sociedad. Tras esto bien puede afirmarse con el expositor del cardenal Wisseman que el enemigo más encarnizado de la religion católica es la ignorancia.

HE DICHO.

*El Sr. Penitenciario ingresó en la seccion de Ciencias Filosóficas a que correspondia la vacante*







